

Antoine B. Daniel

INCA

LA PRINCESA DEL SOL



apostrophe
Kathrin
COLUMBA


ANTOINE B. DANIEL

INCA

— 1 —

La princesa del Sol

Traducción de Mar Vidal

 Planeta

ANTOINE B. DANIEL

INCA

La princesa del Sol

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: Inca I: Princesse du Soleil

© XO Éditions, 2001
© por la traducción, Mar Vidal, 2001
© Editorial Planeta S.A., 2001
Còrsega, 273-279, 08008 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Jordi Salvany
Ilustración de la cubierta: Tumi del tesoro de Lambayeque, Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú (© G. Dagli Orti, París)

Primera edición: enero de 2002
ISBN: 84-08-04081-2
ISBN: 2-84563-009-3 editor XO Éditions; gestión de derechos internacional de XO Éditions: © Susanna Lea Associates. Todos los derechos reservados.

COLOMBIA: www.editorialplaneta.com.co
VENEZUELA: www.editorialplaneta.com.ve
ECUADOR: www.editorialplaneta.com.ec

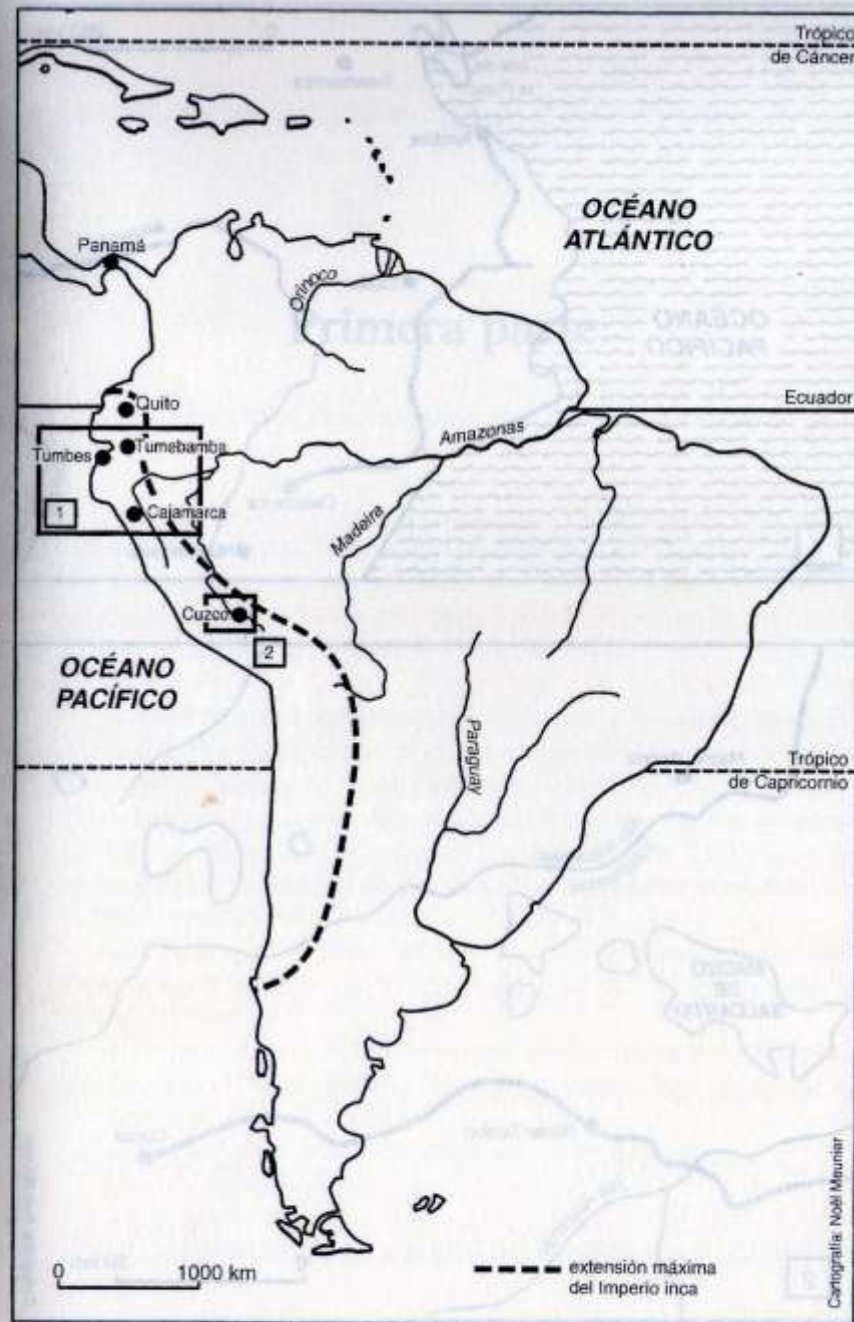
Editorial Planeta Colombiana S.A. 2001
Calle 21 No. 69-53 Bogotá, D.C.

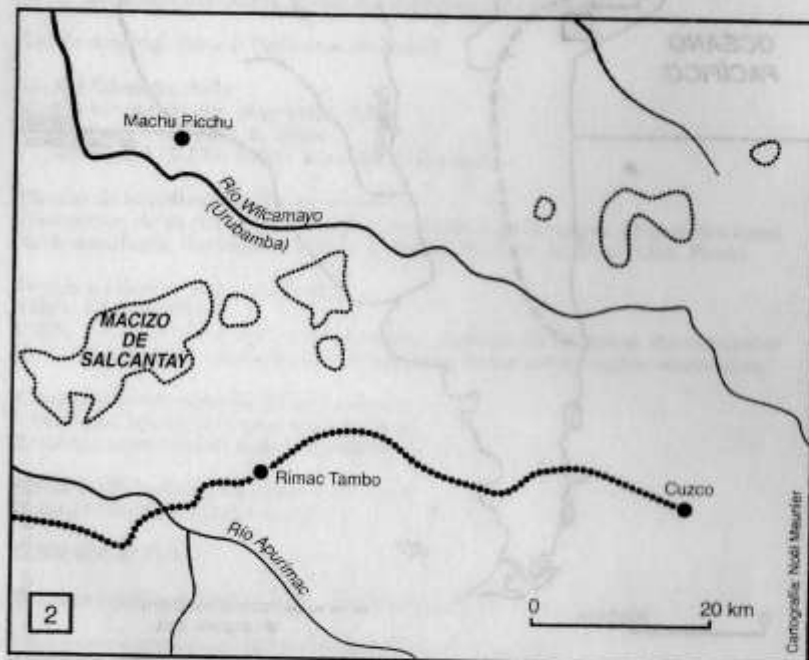
ISBN 958-42-0284-7

Primera reimpresión (Colombia): enero de 2002

Impresión y encuadernación: Printer Colombiana S.A.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia





Primera parte

EL RESEÑADO DE POCOA Y LINDO

Algunos de los caminos de la zona, como el que va de Machu Picchu a Cuzco, son muy antiguos y se han conservado en buen estado.

En muchos de los caminos, la superficie es de tierra y en otros es de adoquines. En algunos casos, el camino es de tierra y en otros es de adoquines.

En algunos de los caminos, la superficie es de tierra y en otros es de adoquines. En algunos casos, el camino es de tierra y en otros es de adoquines.

En algunos de los caminos, la superficie es de tierra y en otros es de adoquines. En algunos casos, el camino es de tierra y en otros es de adoquines.

En algunos de los caminos, la superficie es de tierra y en otros es de adoquines. En algunos casos, el camino es de tierra y en otros es de adoquines.

En algunos de los caminos, la superficie es de tierra y en otros es de adoquines. En algunos casos, el camino es de tierra y en otros es de adoquines.

En algunos de los caminos, la superficie es de tierra y en otros es de adoquines. En algunos casos, el camino es de tierra y en otros es de adoquines.



1

ALREDEDORES DE POCONA (1), DICIEMBRE DE 1526

Arremolinada contra su madre, Anamaya se despierta bruscamente y escucha la lluvia sobre el techo de la cabaña.

Es todavía de noche, la noche profunda y opaca de la selva. Lueve con fuerza. No se oye nada más, ni los crujidos de las vigas, ni los gritos de los monos o de las bestias que frecuentan el bosque.

Se da la vuelta sobre el lecho de cañizo y busca la mano de su madre. No comprende por qué el sueño la ha abandonado.

Si abre los ojos, la oscuridad transforma las vigas del techo en serpientes, y los jarrones, en monstruos que hacen muecas. Si vuelve a cerrar los párpados, el estrépito de la lluvia se vuelve insoportable. Las gotas, pesadas como piedras, parecen atravesar el espeso techo de palma y golpearle el pecho.

Sin motivo real, tiene miedo. En su corazón hay tristeza; una tristeza violenta e incomprensible, como las que aparecen en los sueños.

Vuelve a doblar las rodillas, temblorosa. Se apoya bien contra el vientre de su madre y llora largamente. Ni una queja ni una palabra cruzan sus labios.

Luego, sin siquiera darse cuenta, vuelve a dormirse.

Con las primeras luces del alba ha olvidado sus terrores nocturnos.

(1) Actualmente, en Bolivia.

Se levanta de un salto y se desliza entre las hamacas para salir al patio desierto.

Es una aldea minúscula, envuelta por la inmensidad de la selva. Una alta pared de troncos tallados en punta rodea y protege las cuatro grandes cabañas comunitarias que delimitan el patio central. Ahora está vacío y ya no llueve, pero el aire es cálido y pegajoso. El cielo, de un gris uniforme, se refleja en largos charcos fangosos que resplandecen entre las altas hierbas.

Anamaya aplasta un mosquito en su brazo. Vuelan en zigzag, en grupos, suspendidos en la humedad del aire como si fueran pequeñas nubes furtivas y transparentes.

Con unos pocos pasos saltarines, alcanza la empalizada de lanzas y se reúne con el centinela que hace guardia cerca de la puerta. El guerrero es un hombre joven. Como todos los habitantes de la aldea, como todos los chiriguano, «los que temen el frío», no viste más que un paño de tela alrededor de la cintura. Lleva el mentón y las mejillas pintados con arabescos negros y verdes, y la frente, afeitada hasta la parte superior del cráneo, formando una curva perfecta. Su piel es de un ocre tan luminoso como la tierra pantanosa de la aldea y, en contraste, las perlas de su largo collar de turquesas lucen en su pecho con un brillo violento.

Está medio dormido y se despierta sobresaltado cuando Anamaya lo salpica con el agua de un charco. Como acto reflejo, apunta con su lanza, y luego se echa a reír.

—¿Qué haces fuera a estas horas, gran mosquito?

—Vengo a ayudarte a proteger la aldea —responde Anamaya con gran seriedad.

El guerrero deja de reír y mueve la cabeza con severidad.

—¡Buena idea! ¡Si los incas se enteran de que estás conmigo, jamás osarán atacarnos!

El joven guerrero recupera su risa nítida y le da un golpecito en la nuca.

—Pasa, mosquito. Pero no te alejes demasiado; si no, tu madre me hundirá la cabeza en el jarrón de los maleficios —bromea mientras desata la liana que sujeta un pesado panel de cañizo.

Anamaya se cuela por la pequeña abertura y corre hacia la densa selva.

No teme los arbustos espinosos que arañan su taparrabos.

Se abalanza sobre un claro del bosque con los pies descalzos, volando sobre las flores de mil colores.

Cuando llega a la gran charca, se sumerge en ella sin vacilar, con los brazos tendidos, y su joven cuerpo resulta tan fluido y ágil como el agua. Durante un largo rato, se sacia con el placer de la natación. Después, alcanza la rama baja de una viña *cissus* y se agarra a ella para suspenderse y balancearse con la facilidad de un mono.

Debajo, el reflejo se esparce y se recompone cuando el agua vuelve a calmarse. Es el reflejo de una niña ya grande para sus diez años. Ciertamente es mucho más grande y tiene la piel más pálida que las otras niñas de la aldea. También su frente es más plana. El mentón, casi puntiagudo, voluntarioso, le alarga el rostro. Pero lo que a ella más le disgusta es su nariz: demasiado larga y mucho más fina que la de las pequeñas indias chiriguano. Incluso tiene la boca diferente; es más estrecha, y los labios, aunque bellamente dibujados, son poco gruesos.

Y luego, sobre todo, están sus ojos.

Cerrando los párpados, golpea el agua con el pie, salpica y borra su reflejo.

¿Por qué es de esta manera? En la aldea se dicen muchas cosas, pero su madre no se las cuenta nunca.

Su madre. De repente, tiene necesidad de verla, necesidad de tocarla. Es una necesidad tan grande que le provoca dolor en el vientre.

Grita su nombre riendo, y mientras el grito reverbera en el espeso follaje, ella salta de la rama de la viña *cissus*. Se dirige corriendo hacia la aldea, con toda la fuerza de sus piernas, y el corazón le palpita grandes latidos de amor.

A media mañana, las nubes se rompen de forma brutal. Un rayo se desliza por el bosque antes de ponerse sobre las cabañas. Cuando alcanza los hombros de Anamaya, ella se echa a reír.

Y luego baila; tiene el rostro iluminado por la risa. Con los brazos extendidos y la espesa cabellera negra balanceándose a causa del ritmo, ofrece el cuerpo desnudo a la unión del sol y la lluvia.

—¡Anamaya! —la llama su madre.

Es la única que lleva un vestido en la aldea. Se trata de una

larga túnica tejida que la cubre hasta las rodillas. Los colores se han apagado. Ya casi no se distingue el estampado de cuadros, cruces y rombos cuidadosamente ordenados. En algunas partes, ha sido recosida con hilo de agave.

—¡Es el sol! —grita la niña, girando sobre sí misma bajo la luz dorada—. ¡Ven, mamá, ven!

Anamaya corre hacia su madre. La coge de las manos e intenta que baile con ella. La madre se ríe y se resiste un momento, antes de rendirse a la alegría de la criatura.

Danzan dando saltos. El barro se agita entre sus pies y las salpica mientras ellas lanzan gritos agudos. De repente, Anamaya resbala. La madre la sujeta del brazo, la levanta y la estrecha contra ella; a punto está de caer también. Entre risas que se calman, recuperan el equilibrio estrechamente abrazadas.

—¡Venga, mamá, otra vez! —murmura Anamaya, a la altura del cuello de su madre.

Con ternura, la madre hunde sus ojos brillantes en los de la niña.

—¿Es que te has olvidado de nuestra promesa? —le susurra fingiendo que está enfadada.

Anamaya se pone seria. No, no se le ha olvidado, y no le hace ninguna gracia.

—¿De verdad tenemos que ayudar a la vieja bruja?

—¡Anamaya! No es una vieja bruja; es la abuela de los espíritus.

—¿Y qué? ¡De todas maneras, no me gusta!

Su madre sonrío y la abraza. Cogidas de la mano, rodean una de las grandes cabañas comunitarias y cruzan el patio central. Ahora, el sol se refleja en los charcos, incluso mientras la lluvia, fina y regular, altera la superficie.

Hace tanto calor que la selva echa humo. De ella se elevan bandas de bruma suave y transparente, que van a deshacerse en las lanzas de la alta empalizada.

En la esquina de una de las cabañas, junto a un pequeño fuego, armada con una larga cuchara plana de madera de nogal, una vieja remueve un líquido verde y espeso en una tinaja de largo cuello. Anamaya no puede evitar una mueca.

—He traído la tela, abuela de los espíritus.

La bruja examina con desconfianza el cuadrado de tela. Está tan gastado que es casi transparente y sus bordados en rosa se han vuelto blancos.

—Servirá —gruñe la vieja dama.

Anamaya se pone de puntillas para ver el líquido de la tinaja.

—¿Cómo sabes que hay un espíritu dentro? —le pregunta.

—Porque lo he metido yo, boba.

—No soy boba. Yo no lo veo...

—Cállate, Anamaya —le ordena su madre sin convicción.

—¡Porque tengo el don de la vista, y lo sabes perfectamente! —se enoja la vieja—. Y ahora, cállate. ¡Obedece a tu madre, niña!

Anamaya suspira. Las dos mujeres extienden la tela sobre el cuello de un cántaro ennegrecido de humo. La vieja decanta lentamente el líquido. Un depósito verde se acumula sobre la tela. Desprende un olor muy fuerte, un olor similar al del interior del bosque, donde el sol no llega nunca al suelo.

Anamaya observa el espíritu, pero no oye más que las gotas que caen en el fondo del cántaro, cada vez más espaciadas.

Querría preguntar una cosa más, pero no se atreve. De repente, siente un frescor deslizándose por sus hombros que arden a causa del sol. Levanta los ojos hacia la sombra que pasa por el cielo. Entonces, deja una esquina de la tela.

El poso verde cae en el cántaro, y la vieja lanza un grito ronco.

—¡Anamaya! —exclama su madre—. ¡¿Qué has hecho?!

—¡Mamá! ¡El pájaro!

Es inmenso, casi tan grande como una choza. El aire cruje entre las plumas negras y brillantes. Vuela tan bajo que se diría que va a pararse; pero no. Gira el largo cuello recubierto de plumón, apunta el terrible pico y vuelve a ganar altura sin batir las alas.

—¡Mamá, mira qué hermoso es!

En el patio, los niños, desnudos, han dejado de jugar. Los adultos se han quedado inmóviles. Las frentes rasuradas de los hombres se arrugan de inquietud. Incluso los viejos salen de las grandes cabañas y elevan los ojos al cielo, protegiéndose del sol y de la lluvia con las manos.

En los extremos de las alas del pájaro, separadas como dedos, vibran largas plumas blancas. Ahora que vuelve a estar sobre ellos, se ven sus garras enormes, más grandes que la mano de un hombre. Anamaya adivina la mirada del ave. Durante un instante, las pupilas redondas y globulosas buscan sus ojos y se

clavan en ellos. Entonces, ella ya no ve lo que la rodea. Oye solamente un ruido cada vez más violento, una algarabía de la negra noche, un pisoteo, como si centenares de hombres corrieran al mismo tiempo. Quiere gritar pero la mano suave de la madre se pone sobre su hombro. Es una mano que pretende darle seguridad, pero que, sin embargo, tiembla.

—El cóndor —balbucea la madre, apretando los dedos todavía con más fuerza.

—El mensajero de los incas —añade la bruja.

Anamaya se aferra a su madre, que murmura en voz baja.

—El cóndor..., pero el cóndor no vive aquí. Nunca baja de las montañas hasta la sabana...

Anamaya mira a su madre. Ve su boca deshecha, su rostro que empalidece.

—¡Mamá! ¡Mamá, ¿qué te ocurre?!

El pájaro se ha elevado con un golpe de las alas. Vira hacia el este, sube todavía más arriba que los bancos de bruma y cae de repente, como si quisiera fundirse con la aldea. Pero no; de nuevo se eleva cada vez más arriba. Las nubes se rasgan y le dejan paso hacia los flancos de las montañas del oeste, mientras aparece el azul del cielo.

Anamaya tiembla emocionada y las palabras le quedan grabadas en el pecho, como si de repente mil gritos resonaran en ella, pesaran en su vientre y en sus costillas.

En el patio de la aldea, los rostros están todavía elevados y todos permanecen en silencio. Todo está inmóvil. No se escucha ni un ruido. Incluso la selva está callada.

Entonces, estalla el grito de una trompa.

—¡Los incas! ¡Los incas!

El centinela ha saltado por encima de la empalizada y corre como si estuviera ebrio.

—¡Los incas! ¡Están aquí!

La exclamación escapa de sus labios en el instante en que se desploma. Al caer, el hilo del collar de turquesas se rompe, y las pequeñas piedras azules ruedan sobre el polvo y se hunden en el barro. Sangre oscura sale de su sien y se mezcla con las pinturas rojas y negras de las mejillas. La piedra le ha penetrado el cráneo.

Anamaya percibe el estremecimiento que recorre a su madre

de los pies a la cabeza. La trompa, parecida al grito de un animal salvaje, vuelve a rugir, y el repicar de los tambores hace temblar el bosque. Los gritos rompen el aire. Los hombres se precipitan a las cabañas para tomar las armas. Otros corren y hacia la empalizada, con el arco en la mano y las flechas de doble varilla sobresaliendo de la aljaba. El ruido es insoportable. Anamaya pega la mejilla contra el vientre de su madre, que le acaricia febrilmente el pelo, las mejillas, las manos.

El cóndor ha desaparecido de la montaña. Las nubes se reagrupan y cierran el cielo de nuevo. Los guerreros chiriguanos se acucillan al pie de la empalizada. En un breve instante, todo se detiene.

Y entonces, de repente, es como si todo el aire se pusiera a canturrear. Anamaya ve cómo el cielo se agrieta. Una sombra negra y grande se hincha al modo de una bandada de insectos. Y cientos de flechas caen sobre el patio.

—¡¡¡Mamá!!! —vuelve a gritar Anamaya.

Su madre se inclina ya hacia ella y la cubre con el torso. Ambas cierran los párpados mientras oyen cómo las saetas se hunden con la misma facilidad en la carne de los guerreros que en los charcos de barro. La sangre se mezcla con el agua; los hombres lloran como si fueran niños.

El cántaro con el líquido verde se ha volcado.

El miedo y la muerte están por todas partes. La madre canturrea para tranquilizar a su pequeña, acurrucada; le dice que está a su lado, que no debe temer nada. Pero Anamaya no la oye.

Cuando vuelve a abrir los ojos, el patio está lleno de flechas con plumas multicolores. Sobre los cuerpos de los hombres que ya han caído, las espectaculares plumas parecen flores sembradas por arte de magia.

—Ven —le susurra su madre.

Tirando de la niña por la mano, la atrae hacia el campo de flechas en el instante en que el clamor cruza la empalizada. Hombres con cascos de muchos colores surgen por encima de las inútiles lanzas. Las hondas dan vueltas, y las correas de cuero de las boleadoras silban en el aire. Superados por el número y el armamento de sus adversarios, los chiriguanos caen, puesto que sus cortas porras les han resultado del todo inútiles.

—¡Corre, corre! —grita la madre.

Corren en línea recta hacia adelante, sin preocuparse de las

flechas rotas que les cortan los pies. Las piedras impulsadas por las hondas silban en sus oídos. Un viejo de negros dientes les hace gestos justo en el instante en que una piedra se le clava en el pecho, y cae hacia atrás sin decir palabra.

—¡Más de prisa, Anama...!

Anamaya siente el golpe en la mano. La sacudida le hace vibrar hasta el brazo. Su mano queda bruscamente liberada y cae hacia adelante al mismo tiempo que su madre. Rápidamente vuelve a ponerse de pie.

—¡Mamá, ven, por favor!...

La madre no se mueve. Anamaya no le mira la cara. Vuelve a tomar su mano, tan cálida, tan fuerte, que la sujetaba con fuerza hace tan sólo un instante, hace ya tanto tiempo. Tira de ella. El cuerpo de su madre se limita a deslizarse sobre la tierra inundada de agua.

—¡Mamá, date prisa, que ya llegan...!

Adivina a sus espaldas las túnicas coloreadas de los soldados que se acercan. Tras los gritos del combate ya no se oyen más gemidos y, en cambio, empiezan a oírse algunas risas.

Entonces, por fin, se atreve a mirar el rostro de su madre.

Hay una flor de color rojo sangre en medio de la frente. Tiene los ojos cerrados y de la comisura de los labios brota un líquido pardo.

Y ahora lo sabe.

Mira el trapo todavía anudado en la mano de su madre, empapado del líquido verde en el que se escondía el espíritu. Le estira los dedos crispados y coge la tela. No puede oír las risas de los soldados vencedores, ni los gemidos de los moribundos, ni los gritos de un bebé abandonado en su hamaca en una de las chozas. Tampoco ve a los últimos combatientes que caen, ni las primeras llamas que abrasan la empalizada y luego las cabañas. En ella tan sólo hay silencio, como si todas las puertas de su corazón se cerraran una tras otra.

Bajo el rugido furioso de las llamas que carbonizan el aire, se arrodilla lentamente y se arremolina contra el vientre de su madre.

Ya no hay aliento, ya no hay vida; sólo se escapa un poco de calor, que va a convertirse en dolor en el fondo de ella.

Es así como la encuentra el soldado.

Cuando quiere llevársela, sin emitir siquiera un gemido, ella se resiste con todas sus fuerzas.

El soldado tiene que vencer la resistencia de sus dedos, de todo su cuerpo, que, agarrado al de su madre, quiere darle vida.

Cuando finalmente consigue separarlas, tiene que arrastrarla por el polvo y el fango como si fuera un cuerpo inerte.

Viva, pero muerta.

El oficial inca tiene en la mano derecha una *chuqui*, una lanza con la punta de bronce y el mango de madera dura y adornado con plumas de cóndor. Se protege el pecho con un corpiño de cuero. Todavía lleva el casco de caña finamente tejido y coronado con una pluma roja y amarilla.

Un olor de humo acre flota en el ambiente. Anamaya, agarrando fuertemente con los dedos la tela de seda, mantiene baja la mirada con obstinación. Adivina la silueta larga y delgada del inca.

—¿Hemos acabado ya por fin con estos malditos chiriguanos? —le pregunta al soldado que la ha traído.

—Sí, capitán Sikinchara. Algunos han conseguido escapar hacia el bosque.

—Está bien.

Se gira hacia Anamaya, que tiene la cara y todo el cuerpo negros de tierra.

—Y ésta, ¿quién es?

—No lo sé, capitán Sikinchara. Estaba junto a una mujer muerta. Os la he traído porque...

—Mírame, niña —interrumpe el oficial.

Anamaya no se mueve. Con los dedos aprieta el trapo un poco más fuerte. El soldado se apresura a cogerla, pero Sikinchara lo detiene con una breve orden.

—Mírame, pequeña —le pide con una suavidad inesperada.

Ella sigue sin moverse. El oficial le tiende la lanza y el casco al soldado y se acerca a ella sin brusquedad. Se arrodilla y toma con sus dedos finos el mentón de la niña. Le levanta el rostro hacia el suyo. Con la mirada atenta, atrapa el rayo luminoso de los ojos azules.

Por efecto de la sorpresa, está a punto de caer hacia atrás.

Anamaya ve el rostro de un hombre de nariz orgullosa y labios bien dibujados.

Ve su sorpresa.

Y percibe su miedo.

QUITO, OCTUBRE DE 1527

Por la mañana, Anamaya se despierta sobresaltada en la gran sala-dormitorio.

La mayoría de las niñas ya se han levantado de sus esteras. Pero hay un rostro inclinado sobre ella que la escruta, con las cejas fruncidas y la boca torcida por una mueca. Es una muchacha de pómulos marcados y tiene los ojos negros y duros de las princesas de Cuzco. Se llama Inti Palla. Mayor que Anamaya, su cuerpo es ya el de una mujer, y le gusta mostrarlo.

Pero, por encima de todo, Inti Palla es una de las hijas del rey Huayna Capac, el Único Señor del Imperio de las Cuatro Direcciones.

¿Cuántos hijos tiene? Tantos como placas de oro y plata hay en sus templos: doscientos, trescientos... ¡Nadie lo sabe con exactitud!

Cuando sus miradas se encuentran, la mueca de Inti Palla se convierte en una sonrisa burlona.

—Anamaya —rfe la muchacha—, ¿cómo es posible que seas tan fea?

Desde su llegada a la Casa de las Vírgenes de Quito, la gran ciudad real del norte, Inti Palla no ha parado de acercarse a ella, mientras que de su boca no salen más que cosas desagradables, tan horribles que Anamaya se esfuerza en no escucharla más.

—¡Anamaya, ya sé lo que va a pasarte hoy! —vuelve a burlarse Inti Palla.

Anamaya se estira y finge indiferencia. Inti Palla sacude los brazaletes que lleva en la muñeca.

—¿No quieres saberlo?

—Sí, claro.

—Te lo diré más tarde.

¡Así es Inti Palla! Anamaya ahoga un gruñido de rabia, pero la princesa, adivinando lo que ha reprimido, insiste como si quisiera sacarla de sus casillas.

—Venga, hija de no se sabe quién, dímelo: ¿por qué eres tan fea?

Esta vez, con un movimiento brutal, Anamaya se levanta y la empuja.

—Yo no lo sé. ¡Hay tantas cosas que ignoro! ¡Pero tú sí que debes saberlo!

La risa de Inti Palla crepita como un cesto de conchas marinas.

—¡Mi pobre niña! ¿Pronto hará cuatro estaciones que estás aquí y todavía no quieres admitir que nunca vas a ser como nosotras?

Anamaya se da la vuelta, doblando con cuidado la manta para disimular su pena. Si hay una cosa que ella sabe bien, es ésta: no sólo no es una princesa de sangre real, sino que cuanto más crece su cuerpo, más diferente es del de las jóvenes incas. Sus piernas y sus muslos se estiran, mientras que los de las princesas se redondean. Su rostro se alarga, cuando debería ensancharse. Su frente no se abomba, sus labios siguen siendo demasiado finos, sus cejas son la mitad de espesas... ¡Y, finalmente, están sus ojos!

Tiene los ojos tan rasgados que casi parece imposible, y además son azules, de un increíble color azul, como el del cielo de alta montaña a media tarde cuando se refleja en un lago.

Es un azul que provoca la repulsión de todos, el miedo y, algunas veces, la burla; un azul terrible, que ahuyenta todas las amistades y todos los afectos. Durante este año pasado en el *ac-llahuasi*, ninguna niña ha querido sinceramente ser su amiga. Apenas las madres, a veces, se dirigen a ella como a un verdadero ser humano. Sólo falta Inti Palla animando esta aversión, que propaga a su alrededor como si se tratara de una auténtica enfermedad. Pero es sólo para burlarse mejor de ella.

Con lágrimas en los ojos, Anamaya aprieta la manta contra su pecho.

—Si soy tan fea, ¿por qué das vueltas sin parar a mi alrededor? —le grita.

La sonrisa de la joven princesa descubre sus dientes puntiagudos como pequeños colmillos.

—¡Es que resultas muy curiosa de ver!

—Pues has disfrutado de todo el tiempo del mundo para mirarme. Ahora ya has tenido bastante.

—Eso es bien cierto —suelta Inti Palla.

Y cuando Anamaya se apresura a salir de la sala, Inti Palla hace sonar sus brazaletes.

—Anamaya, voy a decirte lo que te espera hoy —añade con voz melosa.

—No me digas nada. ¡Me da igual!

—Hoy será tu gran día. El Único Señor, mi padre Huayna Capac, te mirará...

Anamaya se queda inmóvil, sin aliento. Hace lunas que sabe que este momento debe llegar. Pero hoy...

Cuando se da la vuelta para enfrentarse una vez más a la mirada de Inti Palla, descubre en ella una alegría llena de odio.

—Y él, hija de no se sabe quién, dirá cómo debes morir.

Esta noche, como cada luna nueva, ha soñado con su aldea en la selva. Iba cogida de la mano de su madre y a su alrededor resonaban los gritos. Una lengua de fuego le abrasaba el pecho. Cuando su madre ha caído, la ha invadido un silencio de hielo, un terror lleno de incompreensión.

Le ha parecido que en los labios de su madre se formaban unas palabras, unas palabras que, por encima de la muerte, estaban destinadas a ella; pero no ha conseguido comprenderlas. Se ha despertado hecha un mar de lágrimas, temblando de soledad, arremolinada contra el cuerpo ausente, abrazando el vacío con sus brazos. Cuando los rayos de color gris pálido del alba han empezado a iluminar los tapices de la pared, ella ha cerrado los ojos para alejar la muerte y el temor. Luego, ha recobrado lentamente su aliento para que nadie la oyera, imaginando que en el silencio inmenso resonaba todavía la dulce voz de su madre...

Se ha despertado con el puño cerrado, apretando el cuadrado de tela que conserva como un tesoro. Ya casi no huele a nada; apenas tiene un remoto olor de bosque que se desvanece con el paso de los días.

Nadie debe conocer su pena; tiene que esconderla en lo más hondo de su ser.

Piensa en ello mientras la preparan.

La Casa de las Vírgenes se llena de murmullos. Mientras lavan y peinan el pelo de Anamaya y lo recogen en trenzas muy finas, las madres le lanzan miradas condenatorias. Anamaya se repite interiormente las crueles palabras de Inti Palla, y el miedo se instala en el hueco de su vientre: si el Único Señor decide que debe morir sin tener derecho a escaparse hacia el Otro Mundo, ¿significa que va a ser devorada por el puma?

Cuando las madres han acabado de arreglarle el peinado, la envuelven con un gran paño de seda cruda, que le cubre desde el pecho hasta los tobillos. Con cierta rudeza, le ajustan el talle con un cinturón rojo sin adornos. Luego, sobre los hombros, le ponen una *lliclla*, una larga capa malva bordada en blanco tan sólo alrededor del cuello, y que sujetan sobre el pecho con una aguja de madera de cedro. Finalmente, le entregan unas sandalias de paja, totalmente nuevas, que a Anamaya le cuesta calzarse.

Las madres retroceden para examinarla.

Es evidente que sus nuevas vestimentas no han atenuado en modo alguno su fealdad, y la repulsión que inspira es bien visible en la expresión de las mujeres. ¡Ni siquiera se atreven a mirarla a los ojos!

Acto seguido, la hacen esperar mucho rato; está sola en una habitación pequeña y oscura.

Su miedo tiene todo el tiempo del mundo para hacerse más intenso.

Cuando el sol alcanza el cenit, la conducen al exterior de la Casa de las Vírgenes. Dos soldados la esperan. Ella no ha salido del *acllahuasi* desde hace lunas.

Los soldados la acompañan en silencio por callejuelas estrechas entre altas paredes, hasta la gran plaza del palacio real. En el camino no se cruzan con nadie, y Anamaya se pregunta si es por su culpa que la ciudad está tan desierta.

Cuando llegan a la plaza vacía, se dirigen a la estrecha puerta del palacio; encima hay un dintel de piedra con una serpiente de vida eterna esculpida. Allí, los soldados golpean el suelo con sus lanzas y se quedan inmóviles, mientras que Anamaya contiene el aliento.

Reconoce inmediatamente al oficial con uniforme de gala que aparece en el umbral del palacio. Recuerda su nombre: Si-

kinchara. Nunca podrá olvidar su cara: es el que mandaba a los soldados que mataron a su madre.

Hoy lo observa sin miedo ni sorpresa; tan sólo con un poco de reticencia. Es guapo e imponente. Un plastrón de oro le cubre el pecho, y una banda de lana amarilla, adornada con dos plumas verdes, cortas y anchas, le envuelve la cara y destaca sus facciones. Lleva las orejas cubiertas con unos discos grandes de plata, sujetos por dos tubos argénteos del tamaño de un dedo que le atraviesan los lóbulos. Con cada uno de sus movimientos, estas joyas enormes se balancean y despiden destellos.

Con un simple gesto de la mano, el oficial le ordena a Anamaya que avance. Como la chica no se mueve, uno de los soldados le toca la espalda con la punta de la lanza. Entonces, ella cruza el umbral del palacio y sigue a Sikinchara. El oficial, con una mirada, le indica que permanezca a su lado.

Cruzan un primer patio, bordeado por largas casuchas bajas. A ambos lados del camino enlosado hay orquídeas blancas, cantuas púrpura y azaleas rosas que recubren unos macizos rectangulares. Pero Anamaya apenas percibe el esplendor de estas flores.

A continuación pasan por una especie de tejadillo y junto a un muro de piedras enormes y lisas, en el que hay numerosos nichos en los que se exponen objetos magníficos de oro y de madera pintada. Finalmente, alcanzan una puerta estrecha, con salientes de piedra perfectamente tallada y pulida. Anamaya tiene el tiempo justo de entrever otro patio, más grande, en cuyo centro hay un gran estanque de agua humeante.

—¡Agáchate, niña! ¡Agáchate ante tu Único Señor! —le ordena la voz seca de Sikinchara.

Entonces, se deja caer de rodillas, inclina el busto, posa las manos sobre el suelo y, por el rabillo del ojo, ve cómo el capitán avanza y cruza la puerta. Ella le sigue como puede, apoyando las palmas de las manos y las rodillas contra las losas del suelo, que queman por el sol.

Es casi mejor así, puesto que ahora está bajo la mirada del Hijo del Sol y es como si ya se empezara a morir.

Oye ruidos, palabras en voz baja que no llega a comprender. De repente, recibe un golpe de bastón en el hombro. Se queda paralizada.

—Mi Único Señor, he aquí la muchacha de la que te hablé —anuncia la voz de Sikinchara.

No hay ninguna respuesta; tan sólo se oye el chapoteo del agua caliente.

—Este baño me fatiga. Que me traigan la ropa... —dice finalmente una voz cansada y lejana.

Anamaya entrevé el bajo de las ropas de una decena de mujeres que se apresuran. Las telas son muy bellas; están tejidas con motivos de espectaculares colores. Sabe lo que está ocurriendo. Se lo han contado muchas veces en la Casa de las Vírgenes. Las sirvientas le entregan al Único Señor prendas de vestir nuevas, que ningunas manos han tocado jamás desde que fueron tejidas. El Hijo del Sol designa personalmente las muchachas que deben ayudarle a ponerse la túnica de vicuña, a ajustarse el cinturón, a cubrirse con la capa, a colocarse la cinta real en la frente...

Anamaya cierra los ojos e intenta recobrar el aliento. El corazón le late con tanta fuerza que apenas oye la orden que emite una voz ahogada.

—Capitán Sikinchara, haz que se levante esa muchacha.

Entonces, recibe un golpe en el hombro.

—¡Levántate ante tu Único Señor! —gruñe a media voz Sikinchara.

Se pregunta si tendrá la fuerza suficiente para hacerlo y se levanta como si llevara una carga dos veces más pesada que ella misma sobre las espaldas. Una vez de pie, fija obstinadamente la mirada en las losas del patio.

—¡Levanta la vista y mírame, muchacha! —ordena de nuevo la voz del Único Señor.

Entonces le ve.

¡A él, al Único Señor Huayna Capac, el inca de todos los incas, el Hijo del Sol y el Rey del Imperio de las Cuatro Direcciones!

Le parece viejo; muy, muy viejo...

A pesar de la extraordinaria belleza de su indumentaria, a pesar de los brazaletes de oro en sus muñecas, a pesar de la capa de plumas multicolores que le envuelve el cuello y de los enormes discos de oro que lleva en los lóbulos de las orejas, a pesar de la delicadeza de su pechera de perlas de concha, parece tan frágil como un hombre con los huesos de pájaro. Tiene la piel de las mejillas tan tensa y brillante como una cerámica pulida por el paso del tiempo, y la de las manos, tan arrugada que parece pertenecer a otro cuerpo.

Sentado sobre un sillón elevado y recubierto de cojines, mira a Anamaya directamente a los ojos. No muestra demasiada sorpresa ni temor alguno.

—Único Señor, mira los ojos de esta niña. ¡Ninguna mujer inca tiene los ojos azules! —exclama de repente una voz aguda e imperiosa.

—Cállate, Villa Oma. Déjame mirarla.

Al que acaba de hablar, Anamaya no lo había visto antes. Es un hombre que se mantiene a la derecha, a buena distancia del Único Señor. Lleva también los ornamentos en las orejas de los incas de sangre real, pero de entre sus estrechos labios fluye el jugo verde de las hojas de coca que está masticando.

Sin desviar los ojos de los de Anamaya, Huayna Capac hace una pregunta.

—¿Procede del bosque, Sikinchara?

—Sí, mi Único Señor. Destruimos una aldea de salvajes chiguanos. Estaba allí con otros niños y con su madre.

—¿Dónde está la madre?

—Está muerta, mi Único Señor. Recibió un golpe de una piedra lanzada por una honda durante el ataque a la aldea. Se puede conjeturar quién era, puesto que llevaba todavía una túnica inca.

—¿Una mujer de Cuzco?

—Sin duda alguna.

—Una criatura impura —gruñe Villa Oma, el hombre de la boca verde.

—¿Y su padre? —pregunta el Único Señor.

Villa Oma vuelve a hacer una mueca de ignorancia y de disgusto. Huayna Capac se vuelve hacia Sikinchara.

—¿Sabes algo?

El capitán Sikinchara también guarda silencio y baja la cabeza. El Único Señor sigue mirando fijamente a los ojos de Anamaya, pero en su mirada hay sufrimiento. Le tiemblan los labios y, de repente, sus dedos se aferran a los reposabrazos del trono. Suda tanto que las gotas le empapan la cinta real y hacen que brille su frente.

Aparte del miedo a morir que le atenaza las entrañas, Anamaya siente otro temor que la invade en vista de la pena que soporta ese hombre tan viejo, y que no comprende bien. Sufrir por él, con él.

Por un instante, el Único Señor vacila, y los párpados se le

agitan a causa de pequeños sobresaltos. Sin embargo, ahuecando los riñones, se endereza.

—Villa Oma, ¿qué dicen los adivinos de esta niña? —pregunta con una voz sorda.

El hombre de la boca verde gruñe y hace un gesto de despecho.

—La mayoría dice que es funesta. Tiene los ojos azules y, como ves, está mal hecha. ¡Es delgada de pecho y más alta que nuestras niñas! ¡Por parte de madre, por sus venas corre sangre inca, pero es impura! ¡Pertenece al Mundo de Abajo y debe regresar al Mundo de Abajo!

—¡Un signo más! —murmura el Único Señor, cansado y parpadeando.

Se calla. Curiosamente, Anamaya tiene la impresión de que el viejo la mira con bondad. Como lamentándolo, Villa Oma vuelve a intervenir.

—Pero, evidentemente, no todos los sacerdotes están de acuerdo...

—¿Qué dicen los otros?

—¡Que es un signo fasto para tu reino! Que ha sido enviada por Quilla, nuestra Madre la Luna, que te promete así la felicidad del viaje al cielo, por sus ojos azules.

El Único Señor respira con rapidez. A pesar de sus esfuerzos para esconder el sufrimiento, Anamaya lo percibe.

Ella sabe, como si le viera ya tumbado y sin aliento, que el Hijo del Sol se está muriendo. Muy pronto caminará por la senda invisible que le llevará cerca de su Padre, ¡en el Otro Mundo!

Y debe reprimir las lágrimas que le inundan los ojos.

El Único Señor no ha dejado todavía de mirarla.

—¿Cómo se llama? —pregunta entonces.

—Anamaya.

Sikinchara tiene apenas tiempo de responder antes de que el Único Señor ahogue un gemido y se apriete el vientre con las manos. Anamaya adivina el estremecimiento que hiela al capitán. Pero, una vez más, el Único Señor se repone.

—Y tú, Villa Oma, ¿qué es lo que piensas? —pregunta con una voz apenas audible.

—¡Que debe desaparecer! —gruñe Villa Oma—, y pronto. Hay que ofrecérsela al puma, si quieres saber mi opinión. ¡Que se la coma y que desaparezca! Que no te vuelva a avergonzar

nunca más, ni en este mundo ni en el otro. ¡Inti, nuestro Padre, no quiere que viva un ser semejante!

—¿Y si es Quilla, mi Madre, quien me la envía?

—Entonces, podríamos tomar su corazón como ofrenda, pero...

El sabio Villa Oma no acaba su frase. El Único Señor, de repente, lanza un gemido ronco. Luego se agacha hacia adelante y vomita una bilis líquida en el borde del trono. Su sufrimiento se hace tan insoportable que resbala del asiento y cae sobre las rodillas. Hombres y mujeres, señores o sirvientes, todos los que le rodean se quedan petrificados e inmóviles.

Anamaya, instintivamente, esboza un movimiento, pero se reprime de inmediato.

¡Nadie tiene derecho a tocar al Único Señor!

Sikinchara la sujeta por los hombros para alejarla. Pero con las facciones deformadas por una mueca de dolor, el Único Señor la mira y la llama.

—¡Ayúdame! ¡Niña, ayúdame!

El viejo extiende las manos reseca y temblorosas hacia ella, como si quisiera pasar a través de su cuerpo. De su boca, abierta de par en par, sale un suspiro ronco mientras su pecho se agita bajo la túnica. Con el torso hacia adelante, se desliza sobre las rodillas y agita sus viejas manos.

—¡Ayúdame!

Entonces, ya no hay ni señores, ni prohibiciones; entonces, ella ya no tiene ningún miedo de morir. Las lágrimas que ha reprimido durante tanto rato le nublan la vista y brotan finalmente sobre sus mejillas.

QUITO, NOVIEMBRE DE 1527

A pesar del oro reluciente que recubre las piedras finamente ensambladas de las paredes, la habitación permanece a oscuras, ahumada por los braseros en los que queman hojas de coca.

Desde hace tres días, el Único Señor está tumbado bajo las mantas de vicuña y de llama. A ratos duerme, tembloroso. Luego, durante largas vigiliassilenciosas, sus ojos buscan en la penumbra las respuestas a las preguntas que lo acechan.

¿Cómo va a recibirle su Padre el Sol en el Otro Mundo si muere sin haber designado a su sucesor?

¿Qué será del Imperio nacido en Cuzco y que él, Huayna Capac, ha hecho tan inmenso que hacen falta varias lunas para cruzarlo de norte a sur?

¿Qué significan esos extraños signos que surgen en el cielo y en las montañas desde hace una estación?

¿Es Inti, su Padre el Sol, que expresa su cólera? ¿Es Quilla, su Madre la Luna, que expresa su temor?

Las preguntas se suceden como una letanía agotadora, hasta que la fiebre vuelve a llevarse su conciencia. ¡El dolor le destroza la cabeza, el vientre y hasta los huesos que mantienen a un hombre de pie! ¡Es un dolor ignoto, de origen incierto y que jamás debería haber afectado a un Hijo del Sol!

Entonces, en su agonía, vuelve a ver las extrañas pupilas azules de la muchachita capturada en la selva del sur. Son ojos del color del agua del lago Titicaca, el gran lago sagrado del origen de los tiempos; ojos que calman el dolor cuando uno los mira.

Unas trompas suenan a las puertas del palacio. Luego, el ruido de pasos y de voces resuena en el patio. Pero un solo hombre aparece en el umbral de la estancia; se arrodilla nada más entrar e inclina la cabeza con decisión. En su nuca le colocan una piedra tan grande como un niño, y así avanza hacia el lecho del enfermo, acarreado la pesada piedra sin temblar.

El Único Señor se incorpora un poco, entre gemidos.

—¿Atahuallpa? ¿Eres tú, hijo mío? —pregunta con la voz transformada por la fiebre.

—Sí, Único Señor; es Atahuallpa —dice Villa Oma desde la esquina más oscura.

—¡Levántate!

Mientras el Único Señor, ya sin una pizca de aliento, cae de nuevo sobre la cama, un servidor saca la piedra de la nuca de Atahuallpa, que se levanta.

La diadema de los príncipes se ciñe a su frente perfecta, y lleva la túnica y la capa con los motivos del clan que gobierna. El blanco de los ojos se le tiñe a veces de rojo, como si se reprimiera la cólera; pero nunca deja que su rostro le traicione y revele lo que piensa. Y aunque tiene el lóbulo de la oreja derecha demasiado flácido, impresiona a todos aquellos que le miran.

Sin embargo, hoy es él quien está impresionado mientras contempla la cara de su viejo padre, el Único Señor.

Huayna Capac está mucho más enfermo de lo que imaginaba. Respira con dificultad. Tiene los ojos vidriosos como los hombres ebrios de coca y de *chicha*. Ha envejecido de golpe. Atahuallpa se detiene con un movimiento hacia atrás y se pregunta si debe comunicarle a su padre la mala noticia de la que es portador. Como su silencio se prolonga, el Único Señor advina su motivo.

—¡Dime lo que sabes, Atahuallpa, hijo mío! No me escondas nada.

Atahuallpa le echa una mirada a Villa Oma, quien asiente con un gesto de la cabeza.

—Único Señor —dice Atahuallpa con prudencia—, no traigo buenas noticias.

Huayna Capac hace un signo con los dedos para indicarle que prosiga.

—Unos cuantos comerciantes de la costa han hecho un hallazgo. Unos seres extraños han llegado por el océano, llevados por una montaña de madera que flotaba sobre las olas...

Las pupilas febriles de Huayna Capac escrutan el rostro de su hijo.

—¿Son muchos?

—No; no más de diez o veinte. Volvieron a irse después de robar el cargamento de una balsa de Tumbes y de haber capturado a sus marineros.

—¿Eran humanos?

—No lo sabemos, Único Señor... Algunos tienen la parte superior del cuerpo hecha de una plata especial; otros llevan solamente pelo por todas partes, incluso en la cara. Van de pie como los humanos, pero apestan y utilizan un idioma desconocido.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace tres estaciones.

—¿Y volvieron a marcharse de inmediato?

—¡Por el mar, sí, en su montaña flotante, como habían venido, mi Único Señor!

Casi interrumpiéndolo, Villa Oma da un paso hacia adelante.

—Tal vez sean viracochas... ¿Se te ha ocurrido?

—¿Qué quieres decir? —pregunta con dureza Atahuallpa.

—Viracocha, nuestro Señor, el que hizo nacer el Mundo, salió del Titicaca para dar a luz a las llanuras y a las montañas, a la mujer y al hombre. Viracocha el Poderoso, el que quiso que Inti el Sol nos diera luz y que Quilla nos protegiera durante la noche...

—¡Villa Oma, hablas demasiado! ¡Y sé quién es Viracocha!

—Entonces sabes que una vez que su misión estuvo cumplida desapareció por el océano para irse a descansar al horizonte del oeste, y que también prometió que un día regresaría...

—¿Y tú deduces —interrumpe Atahuallpa, enojado— que es él el que regresa hoy sobre una montaña flotante y bajo la apariencia de hombres apestosos, cubiertos de plata pulida y de pelo?

Villa Oma sostiene la mirada de Atahuallpa y luego se gira hacia Huayna Capac.

—Sería una posibilidad, mi Único Señor. Viracocha sabe adoptar la apariencia que más le conviene. Sabe ser uno o mu-

chos, humano o animal, bosque o montaña... Lo puede todo.

Con los ojos cerrados, Huayna Capac respira ruidosamente, y su voz es apenas audible cuando le dirige una pregunta a Atahuallpa.

—¿Tú no crees que Viracocha esté regresando a nosotros, hijo mío?

Atahuallpa alza los hombros antes de responder.

—No lo sé, mi Único Señor. Creo que es demasiado pronto para saberlo. Sabemos que los humanos impuros pueden tener extrañas apariencias. Tú mismo, durante las guerras, viste de todo tipo en los bosques y en las montañas del sur... ¿Y por qué tendría Viracocha que venir hoy hacia nosotros? Nuestro mundo de aquí es grande y poderoso; cumplimos el orden y las leyes...

—Pero yo voy a reunirme con Inti —resopla el Único Señor— y todavía no he designado al que va a llevar la cinta real después de mí.

Estas palabras provocan un silencio pesado.

El viejo enfermo se reincorpora con dificultad sobre un co-
do y su voz suena más fuerte.

—¿Por qué rechazas, Atahuallpa, hijo mío, que te designe a ti? ¿Sabes que te llevo en el corazón mucho más que a todos mis otros hijos! ¿Sabes que eres el más sabio y el más capacitado! ¿Por qué te niegas y me avergüenzas a la hora de mi partida hacia el Otro Mundo?

—Único Señor, padre mío, los dos sabemos la respuesta a esa pregunta. ¡Los clanes de Cuzco no me aceptarían nunca! Eres mi padre, pero mi madre no pertenece a un clan poderoso. ¡Si me ciñera la cinta real en la frente, jamás podría hacer que reinara el orden en el Imperio, ni que se respetaran sus leyes! ¿De qué serviría?

—¡Único Señor —grita Villa Oma—, debes tomar una decisión! No puedes partir sin designar a tu sucesor. ¡Estás en falta, y tu falta recaerá sobre nosotros!

—¡Villa Oma! —gruñe Atahuallpa—. ¿Cómo te atreves?

—¡Me atrevo porque veo la desgracia frente a nosotros! ¿Te olvidas de las señales, Atahuallpa? La otra noche, nuestra Madre la Luna se dividió en tres círculos al pasar por encima del palacio. El primero era del color de la sangre. El segundo era negro y verde al mismo tiempo. ¡El último no era más que humo!

Huayna Capac, agotado, se ha vuelto a hundir en su cama. Respira con bufidos roncós. Atahuallpa le echa apenas una mirada rápida y secamente se dirige al sabio.

—Y en tu opinión, ¿qué trata de decirnos Quilla?

—El primer círculo significa que cuando el Único Señor se haya reunido con su Padre el Sol, la sangre de su linaje correrá en abundancia. El segundo predice que una serie de masacres y de guerras cavarán una fosa sin puente entre el norte y el sur. El tercer círculo es sólo humo, puesto que una vez que se hayan cometido las faltas, la ira de Inti y Quilla será tan grande que, de nosotros, ¡ya sólo quedará el humo, poderoso hijo del Único Señor!

—¡Aaah! —gruñe Atahuallpa con un gesto de rabia—. ¡Cuántas tonterías! Villa Oma, te consideraba más sabio. Escuchas demasiado a los adivinos que no controlan sus palabras. ¡Hablan y hablan! Sabes perfectamente que otro de esos piojosos nos dirá todo lo contrario.

—¿Quién es el sabio? —pregunta Villa Oma, arrugando los párpados—. ¿El que mira los signos y los comprende, o el que se tapa los ojos para tratar de ignorarlos?

—¡El sabio es también el que sabe callarse cuando hace falta, hermano Villa Oma!

—¡Atahuallpa..., Atahuallpa! —murmura Huayna Capac, levantando una mano temblorosa—. Atahuallpa, hijo mío, no te enfurezcas. Amo tus ideas y amo tu fuerza, pero quizá Villa Oma tenga razón. Siempre me ha aconsejado bien; escúchale cuando yo ya no esté...

El hombre, tan viejo, se estremece con un nuevo espasmo de dolor que le oprime el pecho. Luego, escoge bien sus palabras.

—Creo que Quilla, mi Madre, me ha enviado otra señal. ¡Villa Oma, haz venir aquí a la niña de ojos azules!

Las albas se suceden en la Casa de las Vírgenes y no se parecen unas a otras.

Cuando Inti Palla entra en la sala, deslizándose sin hacer ruido bajo sus faldones de vivos colores, Anamaya tiembla de miedo. La angustia de los días pasados no ha desaparecido totalmente. Sin embargo, Inti Palla se agacha cerca de ella con una sonrisa cómplice.

—¡Toma! —le susurra—. ¡Cógelo! Es para ti...

Estupefacta, Anamaya ve cómo la princesa le ofrece un magnífico brazalete de oro. Son dos serpientes entrelazadas y tan reales que parece que quieran encaramarse por su brazo.

—Cógelo —insiste Inti Palla—. ¡Es para ti!

—Es tan hermoso...

Inti Palla toma la muñeca de Anamaya y le desliza hábilmente el brazalete por el brazo.

—No te separes de él, hermana mía. ¡Te protegeré siempre!

«¿Hermana mía?» Anamaya no sabe si debe creer las palabras que oye. ¿Es realmente la misma Inti Palla que en días anteriores le había anunciado, sonriendo, que iba a morir?

Pero su corazón no conoce el rencor. Inclina tímidamente la cabeza hacia Inti Palla y suspira con las mejillas llenas de rubor.

—Gracias —le dice.

Inti Palla abre los brazos y la abraza con fuerza. Anamaya siente el calor de ese cuerpo ajeno, el latido del corazón sobre su joven pecho. Hace ya un largo año que nadie la ha abrazado, que ninguna mano la ha acariciado... Sin que pueda remediarlo, se le hace un nudo en la garganta, y las manos se le crisan sobre los hombros de la princesa. Las dos se estremecen a la vez, y Anamaya quiere ver en ello una señal.

Inti Palla es la primera en deshacerse del abrazo. Luego, mira el azul intenso de los ojos de Anamaya.

—No olvides nunca que soy tu amiga —le dice con mucha solemnidad.

El agradecimiento hace que brillen los ojos de Anamaya, pero no está segura de que pueda creerla.

—Date prisa —añade Inti Palla, volviéndose a levantar—. El capitán Sikinchara ha venido a buscarte. El Único Señor quiere volver a verte.

Detrás del miedo, al que ahora ya está habituada, Anamaya siente brotar un sentimiento nuevo: una mezcla curiosa de ilusión y de expectación.

Incluso una especie de orgullo.

Antes de arrodillarse en el umbral de la sala repleta de sombras, Anamaya tiene el tiempo justo de advertir una silueta curiosa y minúscula envuelta de rojo, cuya mirada penetrante se clava en la suya. Es un hombre más pequeño que un niño, cuyas manos potentes se aferran al lecho del Único Señor. Tiene

el pliegue de la boca torcido por una curiosa expresión de desespero.

Cuando Sikinchara le ordena avanzar, el aire que respira le irrita de inmediato el cuello y los ojos. Al olor de las hojas de coca quemadas, se une el hedor de la enfermedad. Entre la penumbra adivina otras presencias y reconoce la túnica del sabio de la boca verde de coca.

Cuando llega, sobre las manos y las rodillas, junto al lecho del Único Señor, el enano se retira para dejar que pase, sin desaparecer por completo. Ella siente la presencia de su cuerpo deforme cerca del suyo y, curiosamente, no le resulta una sensación desagradable. Luego oye la voz del Único Señor, que cruje como la arena.

—Levántate, hija mía. Mírame.

El Único Señor está tan enfermo que parece que su rostro se esté pudriendo. Tiene unas manchas repugnantes que le deforman la frente y las sienes, y otras que le marcan las manos, afectadas de violentos temblores.

—Atahuallpa, fijate en sus ojos... —murmura entonces.

Un joven señor se acerca y la mira.

Anamaya se reprime el instinto de apartarse. Puede adivinar todo el poder que hay en ese hombre. Él observa su mirada azul sin vacilar, mientras que a ella le sorprenden las líneas sanguinolentas que le manchan el blanco de los ojos. Sin embargo, su rostro es bello, con la boca larga y los labios bordeados por un dibujo muy preciso. Ella no se atreve a seguir mirándolo y se da la vuelta. Lo que descubre entonces la hace estremecerse; está a punto de gritar. Sobre el lecho del Único Señor hay otra mirada que brilla. Hay un hocico frente a ella, ¡y unos colmillos que resplandecen!

Tras el estremecimiento comprende finalmente que el puma no está vivo. No es más que una piel tendida a los pies del Único Señor; pero su cabeza está tan bien conservada que las pupilas de la bestia la atraviesan.

—¿Quién es? ¿De dónde viene? —pregunta Atahuallpa.

—Villa Oma te lo contará —murmura el Único Señor—. Ven aquí, niña; acércate.

Con reticencia, Anamaya se acerca un poco más al lecho real. El olor le inunda la garganta. Se pregunta si lo que le está pasando no es peor que enfrentarse a las feroces bestias. El enano le acerca la boca a la oreja y, justo cuando ella está a

punto de apartarlo, asustada, le dice: «No le temas.» Es un simple susurro que nadie ha oído, pero que consigue calmar los latidos de su corazón. El Único Señor, con un esfuerzo terrible, extiende la mano agitada por los sobresaltos hacia ella.

—¡Toma mi mano, muchacha!

A sus espaldas, Villa Oma se exalta.

—¡Único Señor! ¡Ten cuidado!

Anamaya no osa tan siquiera levantar la mano. Mira con terror los dedos que se extienden hacia ella, oscurecidos como una raíz podrida por la escarcha. ¡Nadie, excepto las damas elegidas, toca jamás al Único Señor!

Mientras tanto, los ojos exorbitados por la fiebre se clavan en los suyos.

—¡Tócame, muchacha! —ordena de nuevo Huayna Capac.

Con la náusea en la garganta, pone los dedos pálidos sobre los del inca.

Con un movimiento apenas controlado, él se aferra a ella. Tras un estertor, cierra los párpados y vuelve a lanzar la cabeza sobre la tela impregnada de sudor, como si cayera al revés, con el cuerpo atravesado por una ola de frescor.

A su alrededor todos callan.

Anamaya, que ahora tiembla tanto como el Único Señor, no oye las respiraciones inquietas de los demás.

Finalmente, un rictus tensa los labios acartonados del Hijo del Sol. Y quizá sea una sonrisa. Sus ojos parpadean, pero tiene la mirada velada, como la de un hombre que ha perdido el sentido. Su voz ya no es más que un sonido sordo que vibra a través de la garganta seca.

—Las aguas azules del Titicaca están en sus ojos, hijo mío. ¡Las aguas del cielo! Quilla, Madre, gracias por habérmela enviado. Ahora lo sé. Lo sé...

—Único Señor, padre mío...

—¡Deja, Atahuallpa! Está bien. Me ha sido enviada para que me acompañe hasta el umbral del Otro Mundo. Sus ojos hacen que me sienta bien. ¿Oyes mi voz, hijo mío? Ya suena más clara. El dolor me abandona. ¡Ah, gracias, Quilla!

Anamaya vacila. No entiende lo que el Único Señor quiere decir, pero siente la fuerza con la que le aprieta la mano. Sin embargo, adivina que dice la verdad, que siente menos dolor.

Ella también tiene ganas de sonreír.

Después de un largo silencio oye el frotar de las sandalias so-

bre las piedras. Comprende que Villa Oma y luego el joven señor Atahuallpa están saliendo de la habitación. Se queda sola, agachada junto al lecho, con la mano en la mano del inca y el enano agazapado tras ella.

—¿Está todavía cerca mi hijo mayor? —pregunta el Único Señor con la voz quebrada.

—Estoy aquí, padre querido.

La voz del enano es grave, profunda como un eco que sale del pecho de un gigante.

—Ahora tienes que dejarnos, hijo mío —murmura el Único Señor.

Las preguntas sin respuesta se agolpan en la cabeza de Anamaya mientras escucha el zumbido que produce sobre el suelo el enano que se aleja. ¿Cómo puede el Único Señor ser el padre de un ser como éste? Sin embargo, le ha parecido adivinar una ternura infinita en el tono de sus voces...

Entonces, el Único Señor aprieta las dos manos sobre la suya con una fuerza de la que ella no le hubiera creído capaz. La muchacha se muerde los labios para no gritar.

—Ten paciencia, muchacha. Tengo muchas cosas que contarte —le dice luego en voz baja.

El Único Señor mantiene durante toda la noche la mano de Anamaya cogida entre las suyas.

Durante toda la noche le cuenta más y más cosas. Su voz, muy baja, no cesa de emitir palabras, como si ya sólo le quedara esa fuerza.

Le cuenta el pasado, el nacimiento del Mundo, la fundación del reino de Cuzco por el primer inca y la paciente conquista de las montañas, las llanuras y los lagos por el Hijo del Sol.

Le cuenta cómo él, Huayna Capac, el Duodécimo Hijo, extendió el Imperio de las Cuatro Direcciones hacia el norte, hasta las montañas ardientes de Quito, y hacia el sur, muy lejos, más allá del lago Titicaca, allá donde la nieve y el hielo permanecen a través de las estaciones.

Le cuenta sus batallas, las ciudades sometidas y los pueblos conquistados.

Sin aliento, con los labios rotos por tantas palabras pronunciadas, le dice lo que son la potencia y la sabiduría, la grandeza y la fuerza de los Hijos del Sol.

Con sollozos que se mezclan con los estertores de su agonía, le explica lo mucho que su Madre la Luna le amó y lo muy feliz que se siente de reunirse finalmente con Inti, su Padre el Sol. Pero confiesa el miedo que lo inunda al tener que encontrarse con sus ancestros en el Otro Mundo. Le van a reprochar no haber asegurado el futuro del Imperio colocando la cinta real en la frente de uno de sus hijos.

Dice que espera, a pesar de todo, convertirse en una piedra, como los ancianos de su raza, puesta sobre la hierba mullida y tierna de una montaña de Cuzco.

Y, finalmente, le cuenta un secreto. ¡Le susurra el futuro!

Pero entonces es como si las palabras ya no pasaran de la boca a la oreja, sino que se transmitieran de la mano en ruinas del Único Señor hasta la palma fresca de la joven muchacha.

Y Anamaya está ebria de palabras y de frases. Ya no oye nada.

No es consciente de que todos los poderosos del Imperio se agolpan en el umbral de la habitación, llenando el gran patio del palacio iluminado por centenares de antorchas.

Van todos ricamente vestidos y engalanados. El oro de sus pendientes brilla en la noche como si las estrellas, de pronto, se hubieran reunido. Pero guardan un silencio absoluto. No se oye más que el murmullo de la voz del Único Señor, parecido al zumbido de un insecto obstinado.

Y durante toda la noche, los poderosos contemplan este hecho inconcebible: el Único Señor, tendido en su lecho de muerte, sujeta la mano de una muchachita arrodillada, que vacila de agotamiento. Se trata de una niña impura, con los ojos de lago; ni siquiera es hija de un gran linaje. ¡Y él habla y habla sin cesar!

¡A ella le confía todos los secretos que sólo sabe un Hijo del Sol!

¡A ella le confía el secreto de los Padres y de los ancestros!

Muchos quisieran gritar ante tamaño sacrilegio. Sin embargo, nadie se atreve a hacerlo.

Cuando el sol regresa al horizonte, Anamaya está exhausta, como si le hubieran vaciado el corazón.

Cien veces ha estado a punto de dormirse. Cien veces, con la mano libre, se ha pellizcado los muslos hasta hacerse sangre para no permitir que se le cayeran los párpados.

Cien veces, las pupilas amarillas del puma la han atravesado y la han mantenido despierta.

Ahora, al levantarse el alba, tiene el cuerpo tan tumefacto que se ha vuelto insensible, y está tan helado como si estuviera cubierto de nieve. Su espíritu se ha congelado y las frases pronunciadas por el Único Señor ya se le han borrado.

Pero, de pronto, cuando los párpados de los poderosos, todavía de pie en el patio, empiezan a cerrarse, y las cabezas comienzan a inclinarse por la fatiga, el murmullo cesa.

Anamaya se estremece, con la nuca rígida y los ojos abiertos de par en par.

En los dedos entumecidos siente una punta de fuego.

El Único Señor vuelve a temblar mientras respira con fuerza y rapidez.

Durante la noche, su viejo rostro se ha arrugado como si los huesos de sus mandíbulas y de sus sienes se hubieran fundido.

Pero sus pupilas, opacas como la noche que acaba de cruzar, arden con un fuego tan violento como el que funde el oro, que penetra en el azul de las de Anamaya como si, juntas, fueran capaces de alcanzar el Otro Mundo.

Ella no teme, pero su corazón se desgarran y se abre a todos los sufrimientos. Ve frente a ella a su madre muerta en la aldea y el rostro del viejo. Una oleada de tristeza le inunda el pecho; las lágrimas se deslizan por su garganta.

De pronto, todos oyen su sollozo, que llega hasta lo más lejano del patio. Y todos se estremecen de terror.

Sin embargo, el Único Señor se aferra una última vez a la mano de Anamaya, con tanta fuerza que ella cae sobre el lecho.

—¡Hija Anamaya! —grita—. ¡Hija del lago, hija de Quilla! ¡Que tu vida sea larga a este lado del mundo! ¡Puesto que yo te recordaré cuando esté cerca de mi Padre el Sol!

Se deja caer de nuevo y todo ha terminado. Ha muerto.

Un inmenso gemido se levanta en el patio real.

Al mismo tiempo que una tabla se rompe, Anamaya cae al suelo.

QUITO, DICIEMBRE DE 1527

—¿Es posible que seas una niña sin cerebro y sin memoria? ¿Es que oyes las palabras sin entenderlas? ¿El Único Señor te habla durante toda una noche sin que eso haga más ruido dentro de ti que una hoja de coca entre tus dedos?

Hace horas que el sabio Villa Oma le hace las mismas preguntas, y ella no tiene más que una única respuesta, que repite sin cesar, cabizbaja.

—No lo sé, poderoso señor; ya no sé nada. No entendí... ¡Él hablaba y hablaba! Decía palabras que desconozco. No quería olvidarlas, pero el puma me miró y todo se me borró...

—¡El puma te miró y todo se te borró!

Hay tanta ironía amarga y llena de rabia en esta burla que Anamaya desvía la mirada.

—¡Cálmate, Villa Oma! —interviene bruscamente Atahualpa.

Villa Oma se golpea con el puño la coraza de oro y da dos pasos hacia un lado, como si este movimiento pudiera aplacar un poco su ira.

En la pequeña y oscura habitación, tan sólo amueblada con un lecho y una gran tinaja vacía, el aire se vuelve irrespirable. Villa Oma tira de su capa y se gira, agitando la mano con vehemencia.

—¡Poderoso señor Atahualpa, hermano de linaje! —exclama—. Siento respeto por ti, pero me parece que no te das cuenta de la gravedad de la situación. Hace una luna que tu padre, Huayna Capac, se marchó al Otro Mundo. Se marchó sin designar a su sucesor. Quizá, en el transcurso de su agonía, le confió

su última voluntad a esta muchacha, pero ¡he aquí que la niña, mientras tanto, miraba los ojos de una piel de puma y todo se le borró!

Villa Oma aprovecha la pausa para mirar a Anamaya con disgusto. Ella siente que le tiemblan las rodillas y que la vergüenza le hiela el pecho.

—De tal manera... —vuelve a la carga el sabio con voz gélida—, de tal manera que el Imperio vive días sin luz. Ningún inca puede ponerse la cinta real en la frente. El Imperio de las Cuatro Direcciones ya no tiene centro. Inti ya no tiene un hijo que nos gobierne. ¿Crees que eso puede durar sin que nuestro mundo se hunda? ¡Atahualpa! ¡Atahualpa! Podrías convertirte en el Único Señor...

—¡Ya sabes por qué lo rechacé, Villa Oma! Es inútil que sigas insistiendo.

—¡Y qué más da la razón! Tu rechazo llevó a Huayna Capac a tomar decisiones equivocadas cuando estaba enfermo y ya casi en el Otro Mundo.

—¡Villa Oma, mide tus palabras!

—¿No es la pura verdad? ¿A quién designó en tu lugar? ¡A su último hijo, que no tenía ni una luna de edad! ¡Un bebé! Y los oráculos fueron muy malos. Los magos afirmaron que se trataba de una pésima elección. Pero por desgracia, carcomido por la enfermedad, tu padre se obstinó...

—No me dices nada que no sepa, Villa Oma. ¡Te repites y faltas al respeto!

—Entonces, voy a darte una auténtica noticia, llegada al alba de hoy...

—Dime.

—Los sacerdotes fueron a Tumbamba para colocar la cinta real en la frente del bebé, puesto que era el elegido. Cuando llegaron, el bebé estaba tan muerto como su padre.

El silencio pesa repentinamente sobre ellos como un viento glacial. Anamaya, sin querer, escucha atentamente. Intenta en la medida de lo posible no moverse, y adivina la respiración lenta de Atahualpa y el rechinar de los dientes del sabio.

—¿Qué va a suceder ahora? —pregunta Villa Oma—. ¡Dímelo, Atahualpa, tú que sabes!

—Los clanes poderosos de Cuzco ceñirán sin vacilar la cinta real en la frente de mi hermano Huascar —admite, preocupado, Atahualpa—. Es él quien fue designado en segundo lugar...

—¡Sí! ¡Pero los oráculos fueron tan negativos con él como con el bebé! E incluso si hubieran aprobado esa elección, conoces a Huascar tan bien como yo. Es un hombre imprevisible. De momento, se somete encantado a sus tíos y tías de Cuzco, que quieren reinar sin reparto y no sienten más que odio hacia todos los clanes del norte. Nadie puede saber lo que quiere hacer con las Cuatro Direcciones, pero hay una cosa segura: lo hará con sangre. ¡Adora el sufrimiento de los demás! Y nos señalará como al enemigo. He aquí el contenido de mañana. ¿Lo encuentras sensato? Yo te digo una cosa: temo la cólera de Inti, nuestro Padre. ¡Temo las lágrimas de Quilla y la ira de Illapa! ¡Atahuallpa, sólo tú puedes mantener el Imperio unido y potente!

—No —responde simplemente Atahuallpa con una voz contenida—. Huascar llevará la *mascapaicha*. Es lo que quiso mi padre, Huayna Capac.

Preso de la ira, Villa Oma golpea el suelo con la sandalia con tanta fuerza que Anamaya se sobresalta. El sabio agita hacia ella un dedo seco y duro como una punta de lanza. En la penumbra, sus labios y sus dientes reverdecidos por la coca parecen negros, y le dibujan una boca vacía y terrible, de la que las palabras salen a borbotones.

—¿Y tú qué sabes? ¡Confió su verdad a esta mocosa! ¡Toda una noche! Tenemos que saber lo que le dijo. ¡Bastará con que ella se acuerde!... ¡Ah, Atahuallpa! Confíamela; déjame arrancarle la piel si es preciso. Te prometo que antes de que anochezca...

—No, Villa Oma —le interrumpe Atahuallpa con un tono indiscutible—. No harás nada de eso.

Durante un breve instante los dos hombres se enfrentan con la mirada. Anamaya está a punto de hundirse cuando el sabio se aleja al fin hacia la puerta estrecha de la habitación. Atahuallpa le dirige entonces una orden seca.

—¡Escúchame con atención, hermano, Villa Oma! Sé que hablas por mi bien y no lo voy a olvidar, pero quiero respetar las decisiones de mi padre, aunque no me plazcan. Si pensó que esta muchacha le había sido enviada por nuestra Madre la Luna, tenía sus razones para hacerlo. Si le confió el futuro sin que ella se acuerde hoy, también tenía sus razones.

Villa Oma suspira. Después de una corta vacilación, vuelve sobre sus pasos.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta.

—Lo que hay que hacer. Oíste tan bien como yo cómo mi padre decía: «¡Niña Anamaya! ¡Hija del lago, hija de Quilla! ¡Que tu vida sea larga a este lado del mundo!» La designó para que se convirtiera en la guardiana de su Hermano-Doble. Así será.

Villa Oma sacude la cabeza, con el rostro cansado. Parece como si le estuviera dando una lección a un niño insoportable.

—Eso no existe —afirma—. Los Hermanos-Dobles jamás han tenido esposa.

—Pues bien, a partir de ahora va a existir. Se lo vas a anunciar tú mismo a los sacerdotes: esta muchacha será la *Coya Camaquen* del Hermano-Doble.

—¡No lo van a aceptar! Déjame meterla en la fosa de los pumas y ya verás cómo se acuerda.

—¡No! El Único Señor Huayna Capac la quiere cerca de él y de aquí. Los poderosos señores que estaban presentes la noche de su traspaso al Otro Mundo lo vieron y lo oyeron tan bien como nosotros.

—¡Esta muchacha no es más que una salvaje! —protesta Villa Oma una vez más—. ¡Ignora lo que es una *Camaquen*! ¡Jamás ha visto al Hermano-Doble!

—Es tu responsabilidad hacer lo necesario para que lo aprenda, y rápidamente...

—¡Atahuallpa! No es una auténtica inca. ¿Por qué deberíamos confiarle nuestros secretos? Va contra la tradición y contra la ley... Si te equivocas, ¿sabes lo que va a ocurrir con nosotros?

—No puedo equivocarme si sigo la voluntad de mi padre.

—¿Quién puede afirmarlo? ¡Si nuestra falta es demasiado grave, el Sol no volverá a cruzar las montañas del este! ¿Quieres que durante el día, al igual que por la noche, permanezca en el Mundo de Abajo? ¿Quieres que el tiempo se detenga y que llegue nuestro final?

Cada una de estas palabras golpea el corazón de Anamaya como un puñetazo.

—Basta ya de quejarte, Villa Oma, y haz lo que te digo —ordena Atahuallpa con voz serena.

El sabio permanece unos segundos con los ojos cerrados, pero acaba por inclinarse, vencido. Entonces, con un movimiento decidido, coge el mentón de Anamaya entre sus dedos, duros como la madera. Le levanta el rostro y planta sus ojos nocturnos en los de la muchacha.

—¡Niña Anamaya! ¿Lo has oído? A partir de ahora me obedecerás en todo; tal es la voluntad de mi hermano Atahuallpa. ¡Y te prometo que si alguna vez tu lengua o tu memoria se desatan para contar a alguien que no sea yo lo que te dijo el Único Señor antes de morir, te cortaré el corazón en trocitos pequeños!

Suelta su cara con tanta violencia que es casi como si la abofeteara. Mientras que el hombre sale de la sala sin dedicar ni tan siquiera una mirada a Atahuallpa, las rodillas de la muchacha flaquean y cae sobre el estrecho lecho. Su orgullo no puede impedirlo: el terror le corta el aliento, tiene hipo y mantiene la boca abierta con un leve grito que apenas puede contener. El señor Atahuallpa la observa un momento, vacilando, y luego da un paso y se inclina. Con la punta de los dedos le toca el hombro y esboza una caricia con el reverso de la mano.

—Mírame, muchachita —le dice suavemente.

La discusión con el sabio ha enrojecido el blanco de sus ojos más que nunca, pero una sonrisa ligera flota sobre sus bellos labios.

—No llores, niña Anamaya —le dice en voz baja—. Sé fuerte y digna. No tengas miedo del sabio. Grita mucho pero no es tan malo como parece. Él desea nuestro bien...

La escruta como si todavía buscara alguna cosa en el enigma de sus ojos azules. Ya no sonríe: su rostro ha recobrado la severidad.

—No temas a nadie —declara—. Yo te protegeré todo el tiempo que mi padre lo desee desde el Otro Mundo.

—Anamaya, hermana mía...

Habiendo entrado furtivamente en la sala después de la salida de Atahuallpa, Inti Palla se arrodilla al lado de Anamaya y le acaricia la mano. Sus dedos pasan por encima del brazalete de serpientes. Su mirada brilla de curiosidad.

—¿Es cierto lo que dicen? —susurra.

Anamaya la mira sin comprender.

—¡Que no te acuerdas de nada! —añade Inti Palla, batiendo los párpados con enfado—; de nada de lo que te dijo el Único Señor...

Anamaya vacila antes de responder. Las amenazas del sabio Villa Oma retruenan todavía dentro de su cabeza. Pero ella no quiere dar la impresión de que desconfía de su nueva amiga.

—El Único Señor me habló y sus palabras están en mí —dice con cautela.

—Pero ¿tú no te acuerdas de ellas? —repite la princesa, apretándole fuertemente la muñeca.

—Cuando el Único Señor lo quiera, me acordaré...

Inti Palla suspira, pero lo que lee en la mirada azul de Anamaya le impide insistir. Sus dedos se relajan y esbozan una caricia negligente. Una sonrisita que no tiene nada de amistosa le entreabre apenas los labios.

—Da igual. Si no quieres confiar en mí...

—¡Inti Palla, no puedo hacerlo! ¡No estoy autorizada!

La joven princesa levanta los hombros y se reincorpora, ajustando la pinza de oro de su capa. En una fracción de segundo recupera una altivez y un desdén que Anamaya hacía tiempo que no le veía.

—No tiene ninguna importancia —le suelta—. Venía a anunciarte una cosa más importante. Como no has salido de esta habitación desde la muerte del Único Señor, seguro que no te has enterado...

—No me permiten salir —murmura Anamaya al mismo tiempo que lanza una mirada de despecho hacia el marco de la puerta.

—¡Es lo que te decía! —insiste Inti Palla—. Y tampoco es conveniente que esté por aquí demasiado tiempo. Pero vale más que lo sepas: cuando el ayuno por el traspaso del Único Señor al Otro Mundo haya terminado, me convertiré en la concubina del poderoso Atahuallpa.

—¡Oh!

—Sí... ¿Te sorprende?

—¡No! ¡Eres muy bella! Lo comprendo...

—Sí —se ríe Inti Palla con suficiencia—. Creo que me encuentra muy hermosa. Y ya ves, no tiene ninguna importancia que no quieras contarme nada. Me enteraré de otra manera. Cuando están de pie, los señores se muestran silenciosos y llenos de orgullo; pero cuando están tumbados en brazos de sus concubinas, la historia es otra.

Inti Palla se va entre una cascada de risas, doblando su túnica de lana fina.

—No te creas nada de lo que te cuenta —dice una voz grave y profunda, que Anamaya reconoce de inmediato.

—¡Inti Palla es cruel y mentirosa!

El enano saca los hombros de detrás de la vasija; luego, el busto y las piernas. Su pelo áspero está salpicado de granos de maíz. Con agilidad, se sienta en el borde y contempla a Anamaya con mucha seriedad.

—Muy mentirosa, y mala como una serpiente herida —prosigue, sacudiendo la cabeza para hacer que caigan los granos de maíz—. La primera vez que me vio me molió a patadas. Obedece a los fuertes y aplasta a los débiles. Tan sólo escuchar sus palabras ya provoca sufrimiento.

Si no fuera por su sorpresa, Anamaya se echaría a reír ante el espectáculo de ese abortito que salta como un mono, con la cabeza medio recubierta de una lluvia de oro de la planta sagrada. Pero ella levanta las cejas con seriedad e intenta mostrarse ofendida.

—¿En qué te estás metiendo y qué haces aquí?

—Velo por ti, princesa.

—No necesito que tú me digas quiénes son mis amigos.

—Entonces, ¿estás tan segura?

El enano se burla. Suavemente, sale de cuerpo entero de la vasija y, de un bote, salta al suelo para arrodillarse frente a Anamaya, que a duras penas puede reprimir una carcajada alocada.

—¡Princesa!

—¡Basta ya de hacer el tonto!

—No hago el tonto, princesa —protesta el enano con una gravedad dolorosa—. Todo lo contrario: mi amo ha muerto y no pido nada más que el honor de servirte.

—¿Servirme? ¿A mí? Soy fea y...

—¿Me has mirado bien, princesa?

La risa que Anamaya ha reprimido desde la aparición del enano estalla al fin; una risa que la sacude hasta lo más profundo y la libera. Hace tanto tiempo que no se ha reído, tanto tiempo que el sufrimiento y el miedo habitan en ella, que ya no puede parar. El enano, a su vez, se incorpora y permanece ahora impassible frente a ella.

—Perdóname —balbucea la muchacha cuando consigue al fin calmarse—. Ni siquiera sé quién eres...

—¿No oíste cómo el Único Señor me llamaba hijo?

—Sí, pero...

—... pero pensabas que la enfermedad le estaba afectando ya al espíritu, ¿no?

—No lo sé. Tenía mucho miedo y quizá no...

—No te preocupes —la corta el enano sin malicia—; no me has ofendido.

A través de la cortina, animada por una brisa ligera, Anamaya ve las sombras de la agitación del palacio. El enano adivina su inquietud y la barre con un gesto.

—No va a entrar nadie —le susurra, cómplice.

—¿Cómo lo sabes?

—Estas cosas las sé —le contesta con una seguridad cómica.

Se callan un momento, el uno frente al otro, mientras Anamaya se va acostumbrando progresivamente a su extraña presencia, a su cabeza desproporcionada que le llega a la altura del pecho, a esa larga túnica roja cuyos flecos se arrastran por el suelo recogiendo el polvo y el barro. Ya la llevaba el primer día, cuando ella advirtió su presencia a los pies del lecho del Único Señor.

—¿No te quitas nunca esta túnica?

—La llevaba el día en que el Señor Huayna Capac me capturó e hizo de mí su hijo.

—No lo entiendo...

—Pertenezco a la tribu de los canaris, que siempre ha estado en guerra contra los incas. Un día en el que Huayna Capac había perseguido a los míos hasta el lago Yaguarcocha y había infligido grandes destrozos en nuestras casas, yo me refugié, tembloroso, bajo un montón de gruesas mantas de lana.

El rostro del enano va cambiando de expresión de una palabra a la otra, al igual que lo hace el cielo en la estación de las lluvias. El miedo extremo y la diversión pasan sucesivamente por sus ojos.

—Oía su terrible cólera estallando en palabras como nubes portadoras de tormenta. En definitiva, temía morir; sentía un miedo terrible e innoble. Cuando noté que una mano hurgaba en las mantas creí realmente que había llegado mi hora.

—¡Debiste de suplicar muchísimo!

—En absoluto, princesa. No sé por qué exclamé absurdamente: «¿Quién me ha descubierto? Quiero que me dejen dormir.» Y lo repetí varias veces, al mismo tiempo que me incorporaba y bostezaba, como si despertara de un sueño profundo. «¡Que me dejen dormir!», decía.

Anamaya vuelve a reírse. Siente el corazón lleno de ligereza.

—¿Qué dijo el Único Señor?

—Hizo igual que tú, princesa. Se rió a mandíbula batiente. Y arrastró con su risa a todos los que estaban a nuestro alrededor: generales, combatientes, señores. Todos tenían ese brillo feroz en el fondo de los ojos, pero se reían porque su amo lo hacía. El único que no se reía era su hijo, el de los ojos rojos...

—¿Atahuallpa? ¿Por qué?

El enano se calla.

—Yo conozco la razón, y otros conmigo... Pero, créeme, es mejor no saberla...

—Entonces, tú también eres poseedor de un secreto peligroso.

Con el borde de la mano, el enano hace el gesto de cortarse el cuello.

—Es esto lo que vale mi vida, no más. En definitiva, el rey Huayna Capac declaró que era su hijo, su hijo mayor, y que se me debía un respeto. Es por esto por lo que todavía sigo vivo. Pero ahora que se ha ido al Otro Mundo...

El enano se calla repentinamente. Anamaya ya no tiene ganas de reírse.

—He perdido a mi padre —prosigue él con tono grave y una tristeza que oculta cualquier rastro de humor bufo.

A Anamaya se le empieza a acelerar el corazón. Con su voz grave, sin emoción aparente, el enano todavía añade algo más.

—¡Y me odian con tanta fuerza como te odian a ti!

—Estás tan solo como yo, ¿verdad? —murmura Anamaya, comprendiendo finalmente lo que él le quiere decir.

—Eso parece.

En el silencio que los une, Anamaya ya no tiene miedo de ser una niña pequeña. Hay emociones antiguas, que no intenta comprender, que hacen que se estremezca. Una ola de ternura le embarga el vientre y le nubla los ojos. Las palabras se agolpan en el fondo de su garganta, hecha un nudo. Querría contárselo, confiarle sus terrores y sus recuerdos a pedazos; pero sólo consigue balbucear sonidos sin forma. Cuando las lágrimas le cortan la respiración, la mano grande del enano, de falanges extrañamente desproporcionadas, le toma la suya con una dulzura extrema.

—¡No digas nada, princesa! No hables; todo va bien.

—Quisiera... Quisiera...

Pero las palabras no logran salir todavía. Se acurruca contra el enano, y de pronto se siente minúscula, más pequeña que él, ¡tan perdida, tan desamparada! Y sin embargo, por vez primera desde hace varias lunas, su corazón se llena de esperanza y de agradecimiento.

Por fin, ha encontrado un amigo.

Cada vez que hay un ruido, cada vez que entra una visita, el enano se esconde.

Bien entrada la noche, se tumba junto a ella, sobre la estera, y conversan.

Ella le habla del ataque a su aldea, de la muerte de su madre, del capitán Sikinchara, de la extraña pasión odiosa que le dedica Inti Palla, de su miedo ahora que el secreto confiado por Huayna Capac está en ella y que todo el mundo quiere poseerlo.

Él le habla de la corte y de sus intrigas, de los odios entre las concubinas, de la crueldad de los poderosos. Le cuenta también el secreto que Atahuallpa esconde en su corazón; la verdadera razón por la cual no puede convertirse en el inca. Le dice que no confíe a nadie las palabras escondidas en ella, las que el Único Señor puso en ella y que duermen en su ser.

Se confiesan el uno al otro que temen que los separen ahora que se han encontrado, pero se prometen velar el uno por el otro en la medida de sus posibilidades.

Él la hace reír en voz baja, y ella le llama «mi señor», mientras que él la llama «princesa». En la quietud de la noche, se liberan de la piel de sus terribles soledades, de las capas que los miedos han acumulado.

Cuando se acerca el alba, el enano le dice a Anamaya que sabe que van a matarlo pronto.

Y con todas sus fuerzas, la muchacha se aferra a él como si estuviera a punto de ahogarse, pidiéndole que no muera, que no la abandone.

QUITO, ENERO DE 1528

—¡Coya Camaquen! ¡Coya Camaquen! ¡Despiértate, por favor! Anamaya se incorpora sobresaltada y se apoya sobre un codo, sorprendida. Seis o siete jóvenes mujeres se agolpan en su pequeña habitación. Y sin vacilar, cuando está a punto de levantarse, las sirvientas se arrodillan y retroceden contra las paredes con todas las muestras de respeto que sólo se le dedican a una dama de alto rango.

Con la frente gacha, la mayor de ellas, que ni siquiera le dobla la edad a Anamaya, se postra, posando las palmas de las manos en la alfombra que recubre la tierra batida.

—Coya Camaquen, debes seguirnos, por favor —murmura con el rostro inclinado.

«Coya Camaquen...»

¡Si al menos ella supiera lo que eso significa realmente! ¡Cuál es su papel a partir de ahora y cuáles son sus obligaciones!

Pero no tiene tiempo de hacerse preguntas. La cortina de la puerta ha sido levantada y afuera brilla el sol. Al fin, va a salir de esta sala, que se parece más a una celda que a un dormitorio.

No ha vuelto a ver al enano desde la noche en la que vino a romper su soledad, ofreciéndole la suya. A veces se pregunta si eso no fue también un sueño...

Se levanta y sigue a las sirvientas; ninguna de ellas osa mirarla directamente a los ojos. Pero apenas da unos pasos bajo el sol antes de que un estremecimiento le recorra el cuerpo.

El inmenso palacio real bulle de gemidos y quejas. Las flores de los jardines han sido cortadas y se marchitan sobre la tierra. Las esposas del Único Señor corren arriba y abajo, con los rostros deshechos por la tristeza, quejumbrosas. Parecen todas ausentes y perdidas, errando de derecha a izquierda, sin objetivo.

Las sirvientas hacen que cruce el umbral de un nuevo patio. Allí, unos hombres, con el semblante también grave, están reunidos en pequeños grupos. Por sus vestiduras y por los discos que llevan en las orejas se reconoce a los señores. A su paso le dan la espalda y se quedan inmóviles, hasta que ella se aleja.

Al fin, Anamaya entra en uno de los grandes caserones de piedra. Tiene las paredes cubiertas de placas de oro y de altos nichos que contienen lamas de piedra y de cerámica y vasos de madera delicadamente pintados. Sobre un banco de madera esperan unos magníficos vestidos. La *lliella*, una capa de color rojo oscuro, está cruzada por un gran motivo en V, azul claro y amarillo chillón. Cuando se acerca a tocar la textura, a Anamaya le tiemblan los dedos; apenas se atreve a pellizcar la tela, tan fina como la piel de un bebé.

En cuanto al *acsu*, es una maravilla como no ha visto en su vida. Del mismo tono rojo que la *lliella*, la túnica está decorada con dos bandas anchas de motivos geométricos, amarillos y blancos, azules y rojos, de una perfección y de una delicadeza tan magníficas que algunos trazos de color tienen el grosor de un cabello.

—¡Son los motivos del Único Señor Huayna Capac! —gruñe una voz detrás de ella que reconoce al instante.

Con toda la emoción de sus descubrimientos no ha oído entrar en la sala al sabio Villa Oma. Las sirvientas han retrocedido y permanecen con las cabezas gachas. El sabio señala la túnica y la capa con el dedo.

—¡Supongo que debo enseñártelo todo, niña Anamaya! A partir de ahora perteneces al clan del difunto Único Señor. Con ocasión de ciertas ceremonias, la capa y la túnica serán blancas. El resto del tiempo llevarás sus colores, *Coya Camaquen*...

Como si estas últimas palabras le hubieran dejado incrédulo, el sabio se interrumpe con un suspiro y examina con severidad a Anamaya mientras mastica hojas de coca. Luego, sacude la cabeza.

—¡Coya Camaquen...! —añade como si hablara consigo mismo—. Eso es lo que tú eres. Atahuallpa lo ha querido, y yo no

he sido capaz de disuadir a los sacerdotes. ¡Que Inti nos ampare en nuestra locura!

—Poderoso sabio...

—Es inútil preguntar nada ahora, niña Anamaya; ¡más tarde te explicaré lo que debes saber!

Entonces, se dirige a las sirvientas.

—¡Vestidla de prisa! ¡Que no tenga que esperarla! —les espeta con rudeza.

Cuando Anamaya vuelve a aparecer en el patio central del palacio, los poderosos con los grandes pendientes de oro dejan sus charlas pero no se giran.

En esta ocasión, sus miradas severas se concentran sobre la jovencísima muchacha. Más de uno se queda asombrado; no por la rareza de sus proporciones, su gran talla, su tez clara, su nariz demasiado recta o sus labios excesivamente finos, sino por la excepcional intensidad del color azul que brilla en sus pupilas. Algunos fantasean con que ese azul tan raro es como una última y extraordinaria joya añadida a los colores del Único Señor Huayna Capac.

Lo mejor que puede, intimidada por tanta atención, Anamaya se limita a avanzar con modestia hacia el sabio Villa Oma.

De pie, cerca del porche del patio anexo, él sostiene en la mano una pesada lanza ceremonial, una *chuqui* con la punta de oro, de la cual cuelgan unas plumas verdes y rojas. La espera sin hacer un solo movimiento, obligándola a cruzar sola por en medio de la muchedumbre de señores que llena el inmenso patio. Pero con el rabillo del ojo, no se pierde ni una de las miradas de estupefacción que la acompañan.

Al fin, la muchacha llega a pocos pasos de él.

—Ahora vas a seguirme —masculla en voz baja—. Y me escuchas y no me hables más que cuando yo te lo ordene.

Se da la vuelta y se pone a caminar a paso ligero en dirección al porche. Hay soldados apostados a ambos lados de una inmensa cortina de color sangre. Cuando llega a su altura, Villa Oma golpea el suelo con la *chuqui*. Los soldados se apartan, y el sabio abre la cortina y cruza el umbral. Con el corazón acelerado, Anamaya le sigue.

Una vez cruzado el porche, se queda quieta, incapaz de dar un paso más.

El siguiente patio es inmenso y está enlosado cuidadosamente. Por tres de sus lados está bordeado de edificios bajos, cuyas entradas han sido cerradas con cortinas de plumas azules y amarillas. Cada uno de los muros, como los que rodean el patio, está recubierto con placas de oro tan finas que tiemblan con el más ligero soplo de brisa.

Este leve movimiento ocasiona un resplandor tan intenso que deslumbra. Bajo la magnitud del sol de la tarde, da la sensación de que un río de oro fundido rodea el patio. La luz es de una violencia extrema, hipnótica.

Anamaya parpadea a causa del deslumbramiento. Varios estremecimientos le recorren los músculos y le erizan la piel bajo sus suaves vestiduras.

Tras unos pocos pasos, penetra en el ojo terrestre de Inti, el Padre Sol de los incas. Aquí todo parece pesar más, y el aire es más difícil de respirar.

Villa Oma, sin esperarla, avanza hasta el centro del patio. Allí, cortinajes recubiertos de una infinidad de plaquitas de oro redondas delimitan una especie de habitación sin techo.

Mientras espera, Villa Oma se gira hacia Anamaya y le ordena que se acerque con un gesto imperioso.

Con un nudo en la garganta, la muchacha da un primer paso. Los reflejos incandescentes del oro y el sol mezclados iluminan la piel desnuda de su rostro. Se estremece de fiebre y de frío. El sudor le resbala desde la nuca hasta los riñones. Sus pies apenas la sostienen sobre las losas ardientes.

Cuando al fin llega junto al sabio, él le da la espalda y apunta su lanza hacia el sol. Inclina la cara hacia atrás y murmura, con una voz sorda y profunda:

—¡Inti! ¡Inti, poderoso señor del día! He aquí a la *Coya Camaquen* de tu hijo Huayna Capac, que viene a inclinarse ante ti. ¡Acógela y no te dejes ofuscar por su ignorancia!

Entonces, tan sólo retira el tapiz de oro con la lanza y con una mirada invita a Anamaya a seguirle.

Aquel al que tomó la mano durante toda una noche mientras se moría está allí. Se encuentra tumbado sobre una gruesa capa de hierba y de paja de quinua dispuesta sobre unas finas esteras. A su alrededor hay grandes lamas de oro que le velan; en grandes vasijas de cerámica se consumen hojas de coca, y a unos pocos pasos, sobre una estela de granito pulido, se levanta una estatua de oro con la mirada esmeralda.

La carne del cadáver es tensa y morena. Tiene el vientre abierto, vacío y oscurecido por una pasta negra, brillante y que huele a quemado. Anamaya se clava las uñas en las palmas para no gritar y salir corriendo. Jamás, jamás en toda su vida, incluso cuando su madre murió justo a su lado, había visto una cosa tan horrible.

Junto a ella, el sabio se inclina y farfulla unas palabras que Anamaya no comprende. Se pregunta si debe hacer lo mismo, pero como él no le ha ordenado nada, se queda de pie, petrificada de terror.

Haciendo un esfuerzo, aleja la mirada del vientre y del tórax abiertos, atraída por el rostro del inca. Tiene los párpados levantados sobre las órbitas vacías. Sus altos pómulos se han relajado, los lóbulos de las orejas le cuelgan, aflojados y extraños ahora que ya no llevan los grandes discos de oro. Sin embargo, la expresión del Hijo del Sol, que ella sólo conoció gimiendo de dolor, es bella y serena.

Y además, sobre todo, detrás de él, parece que la estatua de oro lo contempla con una mirada viva. Aunque tiene la estatura de un niño, representa un hombre de pie, con las manos abiertas y posadas sobre los muslos. Su cara, muy reconocible, es la del difunto.

Temblando por el exceso de emociones, Anamaya vacila. Si en este instante mismo la voz de Villa Oma no sonara en sus oídos, brutal y clara, se derrumbaría. El sabio le señala la estatua y gruñe con su voz gruesa.

—Muchacha, tienes ante ti al Hermano-Doble de tu Único Señor. Mientras que uno ha ido a reunirse con Inti, el otro permanece aquí, viviendo entre nosotros, para protegernos. El Único Señor te designó para ser su compañera de siempre. Y siempre, durante toda tu vida, deberás permanecer cerca del hermano de oro. Nunca, ¿me oyes bien?, nunca deberás abandonarlo. Es por esto por lo que a partir de ahora te vamos a llamar *Coya Camaquen*. Por tu boca y con la vida de su Hermano-Doble, el Único Señor nos dirá su voluntad y nos protegerá.

Anamaya se estremece mucho más fuerte.

No está segura de comprender bien el sentido de estas palabras...

Durante unos cuantos segundos desearía escaparse y gritar como la niña aterrorizada que es.

Sin embargo, como si una mano invisible calmara su cora-

zón y suavizara su nuca dolorida, sigue escuchando al sabio. Permanece inmóvil y paciente al mismo tiempo que se va sintiendo poco a poco más segura por la serenidad del rostro del Único Señor.

—Ahora —continúa Villa Oma con voz lenta—, repite conmigo: mi Único Señor, soy la esposa de tu alma doble...

Las palabras son difíciles de formar para una boca crispada. Todos sus músculos se empeñan en resquebrajarse, y su vientre se hunde como si se vaciara tanto como el del cadáver que se seca ante sus ojos.

—¡Repítelo! —gruñe el sabio con la mirada clavada en la estatua de oro.

—Mi Único Señor, soy la esposa de tu alma doble.

—¡Mi Único Señor, soy la que te vela aquí, mientras tú vives en el Otro Mundo!

—¡Mi Único Señor, soy la que te vela aquí, mientras tú vives en el Otro Mundo!

—Mi Único Señor, seré la esposa fiel de tu Hermano-Doble.

—Mi Único Señor, seré la esposa fiel de tu Hermano-Doble...

—¡Ahora, *Coya Camaquen*, póstrate ante aquel al que sirves!

QUITO, FEBRERO DE 1528

Cinco veces más, durante los veinte días siguientes, el sabio Villa Oma arrastra a Anamaya al patio del Padre Sol, en el que nadie tiene permiso para entrar, excepto los grandes sacerdotes.

Cinco veces más, la muchacha ve cómo el Único Señor se va convirtiendo en momia: unas veces secándose bajo el sol y con la ayuda de los preparados de hierbas y de salitre; otras, en la oscuridad, helado durante la noche con bloques de hielo envueltos en paja que han sido traídos expresamente de la montaña.

Las últimas veces el cuerpo ya no está tumbado, sino que se mantiene sentado por un apuntalamiento de piedras. Sus piernas han sido dobladas, y los talones, metidos debajo de los muslos, tan secos que ya no tienen más grosor que el de los huesos. Finalmente, la última vez de todas, el cuerpo seco del Único Señor ya no está desnudo, sino que ha sido cubierto con una magnífica tela de vicuña. Una diadema de plumas corona su rostro apacible.

La impresión que le causa es tan fuerte que, en la penumbra, Anamaya cree ver por un instante que sus labios se mueven y que sus ojos se fijan en ella.

En cada una de sus visitas, el sabio Villa Oma va perdiendo poco a poco su talante arisco. Su voz se vuelve paciente cuando ha de repetir siempre las mismas frases delante de la estatua del Hermano-Doble. Con paciencia, le recuerda que el mundo está hecho de tres partes. Una está ante sus ojos y se llama *Kay Pacha*. Contiene las montañas, los lagos, los animales, los hombres y las cosas que éstos producen; sus guerras y sus ale-

grías, los alumbramientos y las enfermedades; el orden y la ley de los incas de Cuzco, los príncipes del Imperio de las Cuatro Direcciones y los señores humanos que el Sol considera como sus hijos.

—El Sol, en particular, vive en el Mundo de Arriba. Allá van y vienen Quilla, su Hermana-Esposa la Luna, e Illapa, su Hermano el Rayo. Y bajo tus pies, *Coya Camaquen*, está el hogar de los ancestros...

—Pero ¿dónde está ahora el Único Señor? —se sorprende Anamaya.

—Por todas partes, muchacha: cerca de su Padre el Sol en el Mundo de Arriba; cerca de los ancestros en el Mundo de Abajo, y aquí con nosotros, gracias a su Hermano-Doble y a ti, que le oyes... ¡Si eres capaz!

Villa Oma esboza una sonrisa. Ahora, cuando se mofa de ella, ya no lo hace con rabia ni desdén.

—Es por eso por lo que decimos que está en el Otro Mundo —añade—. Ese Otro Mundo es el de la felicidad; pero para llegar a él es necesario haber vivido aquí sin cometer faltas, sin traicionar la ley de Cuzco. Y morir.

El sabio mastica unos instantes su coca en silencio y luego hace un gesto con la cabeza.

—¡Tú no debes morir sin que el Único Señor Huayna Capac te lo pida! Y no abandones al Hermano-Doble, ¿entendido? —concluye.

¿Lo entiende ella realmente? No está muy segura.

En la noche de este mismo día, por primera vez desde su nueva condición, vuelve a ver al poderoso señor Atahualpa. Entra en su habitación mientras la niña está comiendo sola. De la sorpresa, está a punto de volcar el cuenco de sopa y de patatas.

Rápidamente, Anamaya se inclina y se arrodilla a los pies del lecho.

—Puedes levantarte y mirarme, *Coya Camaquen* —le dice Atahualpa amablemente.

Ella le obedece, un poco temerosa. Sin embargo, la mirada le da confianza. Lo encuentra tan guapo y tan fuerte como la primera vez que lo vio, aunque su boca muestre todavía más preocupación y severidad.

—Anamaya, estoy contento contigo. El sabio me ha dicho que aprendes con rapidez, que le obedeces y que pareces fuerte.

Ella se ruboriza e inclina ligeramente la frente en un gesto de agradecimiento.

—*Coya Camaquen*, ¿te acuerdas ahora de las palabras del Único Señor? —pregunta de inmediato Atahualpa.

Con tristeza, ella sacude la cabeza.

—No, poderoso señor. No me acuerdo...

—¿Ni de una sola palabra?

—No... Pero...

—¿Pero?

La muchacha se incorpora y le mira a los ojos para que él mida su sinceridad.

—Sé que las palabras están en mí. Creo solamente que el Único Señor no quiere que me acuerde de ellas hoy.

Atahualpa la contempla en silencio durante un breve instante antes de acercársele. Después echa una mirada hacia el cortinaje de la puerta.

—¿Estás segura? —le pregunta con una voz tan baja que resulta apenas audible.

—No —responde Anamaya con el mismo tono—. No, no puedo estar segura. Pero cuando estoy con el Hermano-Doble, siento que no las he olvidado. Es sólo que las palabras no pueden salir de mi boca.

Un destello de alegría brilla en las pupilas oscuras y rodeadas de rojo de Atahualpa. Con un gesto sorprendentemente dulce, alarga la mano y, con la punta de los dedos, le acaricia el brazo.

El silencio que sigue se prolonga antes de que él vuelva a murmurar:

—Sé prudente, *Coya Camaquen*; sé prudente. Aquí puedo protegerte, pero personas ajenas a mi clan pueden hacerte daño.

—¿Por qué, poderoso señor? ¿Por qué han de querer hacerlo?

—Porque esas frases que guardas dentro de ti pueden decidir el futuro del reino. No te fies, niña Anamaya; sé prudente con tus palabras, sobre todo después de la Gran Ceremonia.

—¿La Gran Ceremonia?

—Ya verás... Tengo fe en ti. Creo que mi padre hizo una bue-

na elección, aunque sea extraña. Pero ve con cuidado, puesto que los del clan de mi hermano Huascar no son buenos. ¡Ellos también querrían conocer las palabras que hay en tu cuerpo!

Más tarde, de nuevo sola en medio de la noche, Anamaya sufre un ataque de pánico. El silencio la tiene atrapada como si fueran las mandíbulas de un monstruo.

El silencio que la rodea y que hiela el palacio.

El silencio que está en ella y que la congela.

¿Es realmente como lo ha dicho el señor Atahualpa: que las palabras que están dentro de su corazón y que no salen son tan importantes? ¿Y por qué?

Y sobre todo, ¿por qué ella?

No estaría tan asustada si una piedra le aplastara la nuca y le triturara el pecho.

¿Por qué ella?

¿Todavía no es más que una muchacha de corta edad? ¿Qué ha hecho ella para tener que soportar una carga tan pesada?

¿Y qué le sucederá si se equivoca? ¿Y si las palabras no están en ella, y si sencillamente las ha olvidado tras sentirse demasiado cansada para seguir escuchando al Único Señor Huayna Capac hablando sin fin?

¿Tiene miedo, tanto miedo! Y nadie puede venir a ayudarla. Desde que se ha convertido en *Coya Camaquen*, el enano no ha podido volver a acercarse a ella. Quizá incluso le tenga miedo... Está sola. ¡Sola en los tres mundos que le ha descrito el sabio!

De pronto, se sobresalta.

En la esquina más oscura de la habitación le parece ver, como en un relámpago, los ojos amarillos del puma clavados en ella. Se muerde los labios para no gritar. Sus dedos se aferran a la manta.

Sí, dos ojos dorados la contemplan. El puma la contempla. Adivina sus orejas redondas, su hocico palpitante, la punta de sus colmillos. Se ha quedado sin aliento. Las palabras llegan a su boca sin que ni siquiera puedan convertirse en sonidos.

—¡No me mates, puma! No me mates; he de vivir mucho tiempo para acompañar al Hermano-Doble. Te lo suplico, puma, no me devores. ¡Déjame vivir y sabré acordarme...!

De la misma manera que ha aparecido, el puma desaparece. La sombra ya no es más que una sombra.

Anamaya no se duerme hasta mucho más tarde, todavía sentada y temblorosa.

Al día siguiente, al alba, de golpe, una multitud de gemidos y de gritos horrorizados retumban por todo el palacio.

Anamaya sale al patio, convencida de que ha ocurrido un nuevo desastre. Lo que descubre la deja estupefacta. Las sirvientas y las esposas giran dando vueltas en el vasto espacio entre edificaciones. Se siguen a pocos pasos las unas a las otras, con la cara mirando al sol y los ojos llenos de lágrimas. Y de pronto, poseídas por un sufrimiento incontrolable, lanzan sus brazos al cielo.

—¡Viracocha! ¡Viracocha! ¡Ayúdanos! —gritan.

Otras veces, con los rostros bañados por el llanto y los ojos agrandados por el miedo, se dirigen al Padre Sol.

—¡Oh, Inti, ayuda a nuestro Único Señor! ¡Oh, Inti, ayúdale! —exclaman—. Que se arme de paciencia, puesto que muy pronto estaremos cerca de él para amarle y servirle...

Anamaya se estremece ante este terrible espectáculo. Los brazos se le ponen de carne de gallina. Cuando retrocede hasta la sombra del edificio para buscar refugio en su pequeña habitación, oye un nuevo clamor a lo lejos, fuera de los muros del palacio. Miles y miles de gritos explotan en el cielo y lo oscurecen, aunque está limpio de toda nube.

Temblorosa, se acurruca sobre el borde del lecho, apretándose los muslos con los brazos. Carcomida por la angustia, espera durante horas. Nadie viene a buscarla. En el corazón de este inmenso tumulto de dolor, parece que se han olvidado de ella.

El miedo y la pena han calado tan hondo en Anamaya que, por primera vez, sin darse cuenta y con los párpados cerrados, le habla al Hermano-Doble. En un susurro, le asegura que no debe temer nada.

—¡Mantendré mi palabra! Nunca jamás te abandonaré, Hermano-Doble. Todo lo que me pidas, lo haré.

Finalmente, un poco antes de que el sol alcance el cenit, el sabio Villa Oma entra en su habitación. Está más espléndido que nunca: lleva una inmensa capa roja y azul, y un tocado de plumas multicolores largas y finas. Una armadura de oro delicadamente tallada le cubre el pecho hasta la cintura. Tiene el rostro tranquilo y sereno.

Detrás de él entran dos madres de la Casa de las Vírgenes con los párpados bajados. Una lleva una larga túnica blanca, y

la otra, un tocado de tela blanca con un casco de oro encima, en forma de diadema, en la que van fijadas en piedras verdes un par de plumas rojas.

Sin pronunciar palabra, con una destreza perfecta, las madres visten a Anamaya con la túnica blanca y luego le ponen el tocado sobre los largos cabellos trenzados.

Cuando han terminado su labor salen de la habitación andando hacia atrás, con la frente gacha y mirando hacia el suelo. Villa Oma observa un instante a Anamaya, mirándola a los ojos. A la muchacha le parece que, por un breve movimiento de sus párpados, el sabio aprueba lo que ve; está contento con ella.

—Sígueme —se limita a decirle.

En el centro del patio, cuatro soldados llevan la estatua de oro del Hermano-Doble sobre una camilla. Brilla con todo su esplendor, ¡tanto como el mismísimo sol!

Sin tener en cuenta a las esposas y sirvientas que pasan formando una procesión, gritando su pena, Villa Oma le señala con la mirada un lugar justo delante de la litera. Es el único que la precede, con la lanza apuntando al cielo.

En el instante en que el extraño cortejo se dispersa para cruzar los cuatro patios del palacio, Anamaya vuelve a oír el intenso clamor procedente de fuera. Pero Villa Oma sigue avanzando como si no oyera ni viera nada. Ahora el sol está en el punto más alto; las sombras son cortas y oscuras.

Cuando por fin alcanzan la puerta del palacio, el clamor del exterior es ensordecedor. Dos portadores de trompas de conchas marinas retorcidas los preceden. Villa Oma agita su lanza, y la puerta se abre.

El espanto se apodera de Anamaya.

Ante ella, una inmensa muchedumbre se agolpa en la gran plaza y grita. Hombres, mujeres, niñas y niños levantan sus brazos al cielo y claman a Inti.

Pero de nuevo, el sonido grave y vibrante de las trompas de conchas brota prolongadamente y atenúa el griterío. Los rostros se petrifican. La muchedumbre se gira hacia la puerta del palacio.

Miles de ojos descubren al sabio, la *Coya Camaquen* y la estatua del Hermano-Doble. Un gemido emitido al unísono recorre la plaza. Villa Oma se adentra directamente en la muchedumbre, que le abre paso como si fuera una tela que se rasga. Como una ola, un quejido sordo recorre la plaza y viene a em-

barrancarse en un gemido lleno de respeto a los pies de Anamaya.

De un solo gesto, los rostros se agachan, los torsos se inclinan.

Entonces, ella osa avanzar un pie, dar un paso. Toda blanca, bella y alta, con la mirada fija hacia adelante, se adentra en la plaza por la brecha abierta por Villa Oma.

La trompa sigue sonando.

De los miles de labios ya no sale ni un murmullo; bajo los párpados, ninguna mirada intenta posarse ya sobre la virgen blanca. La muchedumbre se aparta todavía más y se inclina ante Anamaya como un campo de trigo por acción del viento.

Al otro lado de la plaza, las puertas del templo de Viracocha están abiertas de par en par tras una doble fila de soldados. Suena de nuevo un gruñido grave de las trompas, y Villa Oma entra en primer lugar en una sala perfectamente redonda, cuyas paredes, del techo hasta el suelo, están cubiertas de conchas finas y claras. El humo de hoja de coca quemada enturbia el aire y oscurece la luz.

Los portadores de la litera dejan al Hermano-Doble en el centro, mientras que Villa Oma permanece en el lado izquierdo. De manera instintiva, Anamaya se coloca a la derecha de la estatua.

El sabio espera a que los soldados abandonen la sala; luego, levanta los brazos y clama con una voz clara:

Nada existe en vano, ¡oh, Viracocha!

Todos avanzamos desde la orilla del Titicaca.

¡Todos ocupamos el lugar que tú nos has señalado!

El universo es tu deseo, Viracocha.

Tienes el bastón del origen.

¡Oh, Viracocha, escúchame...!

¡Oh, Verdadero de arriba, Verdadero de abajo!

Elige al Hermano-Doble de Huayna Capac.

Elige a la Coya Camaquen del Único Señor.

¡Oh, Viracocha!, su nombre de niña es Anamaya.

Si le dices dónde estás, ella te admirará por detrás de sus
[pestañas,

Con los ojos vueltos hacia el suelo.

¡Oh, Verdadero de arriba, Verdadero de abajo!

Impide que ella se agote.

Impide que ella muera.

Las últimas palabras retumban en el pecho de Anamaya. El silencio que reina es tan absoluto dentro del templo como fuera.

El sabio le pide a Anamaya que pronuncie la plegaria con él.

Tres veces lanzan la llamada y levantan los brazos al cielo. Luego, el sabio va a buscar un cántaro de cerveza sagrada y la derrama por el suelo, alrededor de Anamaya y de la estatua. Entonces, sólo los sacerdotes entran en el templo y, uno a uno, recitan la plegaria antes de echar más cerveza por el suelo.

Este ritual dura mucho tiempo, tanto que el sol se inclina y las sombras se van alargando como lanzas.

Y finalmente, las trompas de conchas vuelven a sonar, y el cortejo sale a la plaza.

Pero para gran estupor de Anamaya, ahora está absolutamente vacía.

Y cuando, detrás de la estatua de oro, vuelve a entrar en el palacio y atraviesa los patios, descubre que están también vacíos. Ya no hay ni mujeres, ni niños, ni hombres.

Están vacíos como si nadie los hubiera pisado jamás.

El silencio es frío y terrible.

—¿Dónde están? —pregunta, sofocada—. ¿Dónde están todos?

Villa Oma la mira con intensidad, con la boca reverdecida por el jugo de la coca.

—Se han ido a reunirse con el Único Señor para servirle en el Otro Mundo —le responde con una sonrisa de apacible satisfacción.

Aquella noche Anamaya no consigue conciliar el sueño. El silencio que reina en el palacio le resulta muy oprimente.

Llora con grandes sollozos.

¿Cuántos han ido hasta las piedras sagradas, alrededor de Quito, para ofrecer sus corazones y sus vidas de aquí al Único Señor Huayna Capac? ¿Cuántos han ido al camino de los ancestros para alcanzar el Otro Mundo y servir al Único Señor?

¡Miles!

¡Todas sus esposas, todas sus concubinas y sirvientas, todos sus eunucos conquistados en las guerras, sus esclavos, sus servidores, mayores o pequeños!

¡Todos han abandonado esta vida! El olor de sangre y de

muerte impregna el aire de la ciudad; este hedor insoportable y nauseabundo que ella respiró por primera vez el día en que los incas atacaron su aldea en el bosque.

Antes del amanecer, sin que pueda aguantarse más, se levanta y sale al patio. La luna brilla, tan redonda y luminosa que recorta sombras sobre las losas. Por un instante, Anamaya se dice que está perdida, olvidada en un mundo desierto.

Y luego, de pronto, miles de gemidos vibran suavemente en medio de la noche, como si todas las almas que se han ido a reunirse con el Único Señor se despidieran de ella.

TUMBAMBA, DICIEMBRE DE 1528

Hace ya casi cuatro estaciones que el cortejo que escoltaba el cuerpo seco de Huayna Capac se marchó de Quito, la capital del norte, para iniciar su largo camino hacia el templo de Coricancha, en Cuzco. Desde principios del mes de *Inti Raymi*, se ha detenido en la otra gran ciudad del norte del Imperio, Tumbamba. Al Único Señor Huayna Capac le gustaba pasar temporadas aquí para disfrutar de su clima con sus esposas del norte y sus concubinas.

Tumbamba no es más que una capital de provincia, pero su orden y sus construcciones son tan parecidas a Cuzco que los señores del norte la llaman a veces el «Otro Cuzco».

Rodeando la inmensa explanada central del templo del Sol, los muros de las *canchas* forman largas calles rectilíneas, casi siempre perpendiculares las unas a las otras, recorridas por canales de irrigación cuidadosamente mantenidos. Los palacios de los señores limitan la vasta plaza sagrada. Poseen murallas de dimensiones imponentes y están mejor construidos que las casas ordinarias.

Los muros de los palacios son altos, con las piedras alineadas a la perfección, y contienen numerosas habitaciones; además de muchas salas que rodean los patios, delicadamente cuidados, decorados con jardines floreados y con huertos dedicados al cultivo de plantas sagradas. De magníficas fuentes de piedra mana permanentemente el agua, que llega hasta el interior de los palacios a través de invisibles canalizaciones.

Los sirvientes, a docenas, se apresuran, cuentan y supervisan

las reservas de alimentos, de lana, de algodón teñido, de cerámica, de tapices y de telas, toda la intensa producción de los artesanos y de los agricultores que trabajan al servicio de los incas.

Sin embargo, desde la llegada del cuerpo seco del Único Señor Huayna Capac, la ciudad se ha ampliado con tiendas, puesto que todos los clanes no han podido ser alojados en los palacios. Desde entonces, cada día la ciudad se llena de cantos, de danzas, de grandes ceremonias, de libaciones interminables y de inmensos ágapes comunitarios en los que se agasaja a los hijos de los poderosos señores que cumplen su *huarachiku*, la Gran Iniciación del solsticio de verano.

Después de superar largas y dificultosas pruebas, finalmente estos muchachos se convertirán en hombres. Los más valientes serán honrados por todos, tanto por los ancestros del Otro Mundo como por los poderosos de aquí. La última prueba, la Gran Carrera, designará a los grandes guerreros del futuro o los grandes sacerdotes, mientras que los demás deberán conformarse con ser buenos y leales servidores del Imperio.

Sin embargo, sólo los que no abandonen las pruebas podrán perforarse las orejas con una aguja de oro con el fin de recibir su primer disco de Señor, un modesto disco de madera que más adelante podrá convertirse en la insignia de oro de los más poderosos.

Obedeciendo las órdenes de Villa Oma, Anamaya ya no se separa nunca del Hermano-Doble de oro. Muchas cosas han cambiado a su alrededor.

A partir de ahora nadie osa burlarse del color azul de sus ojos. Tanto los señores de los clanes del norte como los de Cuzco consideran con respeto todos sus movimientos; con respeto, pero también con inquietud e impaciencia. Todos esperan que recuerde las palabras del Único Señor, o que él se manifieste a través de ella para confirmar o desdecir la nominación de Huascar.

En estas condiciones, en varios meses la actitud de la *Coya Camaquen* ha evolucionado considerablemente. Anamaya ha adquirido seguridad; ya no se sorprende de las miradas que la escrutan ni de las sirvientas que se inclinan ante ella. Se ha habituado a las largas esperas de las ceremonias, tanto de día como de noche, a las discusiones interminables de los sacerdotes, a los sacrificios constantes...

Su cuerpo también ha cambiado. Por la mañana, cuando se pone la túnica de delicada tela, se da cuenta de que sus piernas se alargan, de que sus caderas se redondean. Día a día, su silueta de niña la va abandonando y lentamente su cuerpo de mujer se dibuja, al igual que el corazón y el espíritu se le endurecen. Ahora ya tiene menos miedo de la soledad, y las lágrimas le bañan los ojos con menos frecuencia.

El enano ha seguido al cortejo desde Quito, pero ahora apenas tienen unas pocas ocasiones para intercambiar unas cuantas palabras. A veces, con una mirada entre la multitud, ella reconoce su presencia, y eso le basta para sentir un poco de calor en el corazón.

Se ha acostumbrado a los cambios de humor de Inti Palla, que tan pronto se muestra cariñosa como hiriente como una piedra de honda.

Las noches que ha compartido con el señor Atahualpa han acabado por transformar a la princesa en una auténtica mujer joven, pero no han suavizado, en cambio, su carácter. Pero su belleza es grande. Es tan perfecta como puede llegar a serlo una mujer inca. Sus formas son opulentas, sus rasgos suaves y firmes, su rostro redondeado y su frente se curva ampliamente en la prolongación de la nariz. Su boca recuerda a un halcón en pleno vuelo. Y desde su llegada a Tumbamba, las miradas de los jóvenes le dan más resplandor que nunca.

A veces, Anamaya desearía ser como ella, tan bella, tan despreocupada, arrogante y versátil... En cambio, otras veces ruega a Inti que la ayude a evitarla.

Pero hoy es un gran día, el día de la Gran Carrera del *huarachiku*. Por una vez, Anamaya será como las otras chicas jóvenes, y debe esta excepción de la regla a las intrigas de Inti Palla. Ella es quien ha empujado a Atahualpa para que insistiera ante los ancianos a fin de que la muchacha pudiera unirse al grupo de vírgenes que asistirán a uno de los concursantes. A lo largo del día, mientras dure la terrible competición, ella le apoyará, le animará.

En realidad, hasta esta noche a Anamaya le hacía mucha ilusión, pero Inti Palla ha conseguido estropearle la felicidad que sentía.

Hace unos cuantos días, una mañana en la que le explicaba la ordenanza de las ceremonias siguientes, Inti Palla, con la mirada brillante, le señaló de pronto con el dedo índice las pen-

dientes escarpadas y los puertos de montaña que dominan la ciudad.

—La carrera será la prueba más dura. Sólo los auténticos valientes llegarán al final. Y los primeros de todos recibirán honores de poderosos entre los poderosos. Tendrán que luchar contra el frío, la lluvia, la montaña y el miedo. No podrán comer más que un poco de maíz crudo, nada más. Estarán tan agotados que no se aguantarán de pie, pero a pesar de todo deberán continuar...

—Pero si ya hace una semana que ayunan —exclamó Anamaya—. ¡No aguantarán tanto tiempo corriendo!

—Sí, precisamente. Deberán superar los tres puertos, olvidarse de sus flaquezas y entregarse a Inti...

—¿Y si no lo consiguen?

Una luz feroz brilló en los ojos de Inti Palla.

—Entonces, no serán nada; llevarán la vergüenza a su clan. A menos que les quede un poco de coraje, deberán tirarse por un acantilado o se morirán de asfixia antes de la llegada. Vale más así.

Ante la risa cruel de Inti Palla, Anamaya se quedó sobrecogida. Pero Inti Palla tenía razón; Anamaya lo sabe muy bien: es así como funcionan la ley y el orden en el Imperio de las Cuatro Direcciones. Hay que vencer y conquistar siempre; de lo contrario, no hay felicidad posible en el Otro Mundo.

—Este año, los muchachos de los clanes de Cuzco no deben ganar —añadió la princesa después de unos momentos de reflexión—. Eso reforzaría su sed de poder. Por desgracia, yo no puedo apoyar a los chicos de casa, puesto que ya no soy virgen, pero tú, ¡tú sí que podrías!

—¿Tú crees?

—Lo pediría por ti...

—¡No, no puedo! ¡Es imposible! ¿Y el Hermano-Doble? Villa Oma no aceptaría jamás que lo abandonara, ni siquiera un día.

—Sí, quizá sí —insistió Inti Palla—. Y además, en verdad no lo abandonarías, porque él supervisa la carrera desde lo alto del templo. Él te verá, y tú le verás a él.

Animada por su idea, Inti Palla abrazó a Anamaya con una carcajada juguetona.

—Confía en mí. ¡Atahuallpa accederá! Yo sé cómo pedir ciertas cosas para que te las concedan...

Y en efecto, se salió con la suya.

En medio de esta última noche, Inti Palla ha despertado a Anamaya para anunciárselo.

—¡Anamaya! ¡Anamaya! ¡El señor Atahuallpa ha accedido! ¡Irás con Guaypar!

—¿Quién es?

—El hijo de mi tío. Es el más valeroso de nuestro clan... ¡Y es muy guapo, ya lo verás!

De alegría, Anamaya la ha abrazado, poniéndole la frente contra la suya. Pero después de las risas y los gritos de alegría, de pronto Inti Palla se ha quedado muy seria.

—A cambio de lo que he conseguido por ti, tienes que prometerme una cosa...

Con toda la ingenuidad de su entusiasmo, Anamaya ha respondido sin pensar.

—Todo lo que desees.

—No permitas que ni Manco ni su hermano Paullu ganen la carrera.

A Anamaya se le ha helado la sangre. Instintivamente ha retrocedido para evitar el contacto con Inti Palla.

—Pero ¿por qué? —ha protestado con la voz un poco débil—. ¡No les conozco más que a Guaypar!

—¡Ah, Anamaya! ¡No seas tan boba! ¡A veces no entiendes nada de nada! ¡Guaypar es de los nuestros, mientras que Manco y Paullu pertenecen al clan de Huascar, el loco de Cuzco! Si Manco o su hermano ganan, los de Cuzco pretenderán que se trata de una señal.

—¡Inti Palla! Sabes perfectamente que es el propio señor Atahuallpa el que rechaza...

—¡Yo sé lo que sé! Y de estas cosas sé mucho más que tú.

—¿Y cómo voy a evitar que Manco o Paullu ganen la carrera si son los más fuertes?

—¡Con la ayuda del Hermano-Doble! Todos aquí sabemos que tienes poderes... ¡Es por esto por lo que te aceptamos entre nosotros, Anamaya! ¡No lo olvides!

Con el rostro ruborizado, Anamaya ha seguido protestando.

—Que no; es falso. ¡Yo no puedo hacer nada!

—Claro que sí. ¿No eres la *Coya Camaquen*? Basta con que digas que el Hermano-Doble los rechaza como vencedores.

—¡Estás loca, Inti Palla!

—¡No!... ¡Si lo prefieres, puedes decir también que el Único Señor Huayna Capac no desea su victoria! Es a ti a quien habla, ¿no?

Temblorosa por una mezcla de ira y de vergüenza, Anamaya se ha levantado.

—¿Es el señor Atahuallpa quien te pide esta mentira, o eres tú?

—¿Y a ti en qué te afecta?

—Quiero saberlo, puesto que, si es su voluntad, quiero oírlo de su boca.

Con el rostro repentinamente afeado por el exceso de furia, Inti Palla ha estado a punto de abofetearla.

—¡Oh, qué tonta eres! Es un regalo que quiero hacerle... Y tú también debes hacerle este regalo. Le debes mucho, si no me equivoco...

Durante un largo segundo, se han enfrentado con la mirada como si fueran dos guerreros.

—Anamaya —ha susurrado Inti Palla—, no me hagas lamentar ser tu amiga y haber olvidado que no eres una verdadera inca...

Ahora, a las puertas del día de la Gran Carrera, cuando las primeras luces del alba dibujan los puertos de montaña que deberán franquear los muchachos, Anamaya se estremece, con el rostro ensombrecido.

El veneno que le ha inyectado Inti Palla le está haciendo efecto. Lo que debía ser un momento de felicidad no es más que una sombra que planea sobre el futuro.

—No grites. Mantén los ojos cerrados.

Anamaya se ha despertado sobresaltada por segunda vez en plena noche, con el corazón asustado. Una mano grande, con la palma dura como el hueso, se ha posado sobre su hombro. A pesar de la orden que le ha dado la voz grave, ha entreabierto los párpados: la sombra del enano es tan espantosa como la de un fantasma.

—Te has vuelto muy difícil de ver, princesa...

—¡Pensaba que tenías más imaginación! Has estado a punto de decepcionarme...

—¡Oh, divina *Coya Camaquen*...!

—¡No tengo ganas de reírme, hijo mayor! ¡Y odio que me despierten así!

La muchacha se ha incorporado, con los ojos azules ensombrecidos por la rabia. Pero el enano, ignorando su mal humor, se ha sentado sobre la estera, muy cerca de ella.

—Haces bien en no tener ganas de reírte —ha dicho él, haciendo un gesto de aprobación con la cabeza—. La guerra está a punto de estallar.

—¿La guerra?

—Lo presiento. Lo sé. En el *huarachiku* de mañana no son los jóvenes combatientes los que se enfrentan, sino los clanes: Atahuallpa y los del norte contra Huascar y los de Cuzco... El hermano contra el hermano, la sangre contra la sangre...

—Tu amiga Inti Palla me ha pedido que utilice mis poderes para evitar la victoria de los de Cuzco. Parece temer en especial a Manco...

—Actúa bajo las órdenes de Atahuallpa.

Anamaya ha sacudido la cabeza.

—Ella dice que no, y yo lo creo. Atahuallpa es demasiado noble para prestarse a semejantes bajezas. Y te recuerdo que él mismo rechazó la cinta real.

—Otros quieren que la acepte. ¿Qué le has contestado a mi buena amiga?

—Que yo no tenía ese poder...

El enano ha suspirado.

—Los conozco desde que los observo. ¡Oh, nobles incas, invocadores del Sol, de la Luna y del Rayo! Sedientos de sangre y de poder como una manada de perros, poderosos y feroces...

—Cállate, no blasfemes.

—No blasfemo, princesa. Es sólo que no quiero morir...

El enano se ha callado. Ella ha oído su aliento muy cerca del suyo, y su mano, todavía posada en su hombro, le ha parecido la de un amigo. *Coya Camaquen*... «Si alguna vez he soñado en tener protección, no voy a soportar este período de violencia», ha pensado.

«No hay nada que hacer, nada que decir, y el tiempo de las lágrimas ya ha pasado.» Se ha acordado de la primera noche en la que, aterrorizada a causa de la soledad, se refugió en él.

Entonces, lo ha tomado entre sus brazos, ha sentido cómo se estremecía y temblaba. Lo ha mecido cantándole en voz baja, como si fuera un niño al que había que aliviar del frío y del miedo.

TUMEBAMBA, DICIEMBRE DE 1528

Hay un cielo gris y pesado. A los pies de la colina, a través de las capas de niebla y del humo de las brasas de ofrenda que se elevan en medio de la fina lluvia, Manco ve el palacio y las casas de Tumbamba. En el centro de la gran plaza, frente al templo del Sol, la muchedumbre abigarrada de dignatarios se agolpa alrededor del baldaquino de plumas que protege el cuerpo seco del Único Señor Huayna Capac.

Muy cerca, sobre los altos peldaños del templo, brilla el oro del Hermano-Doble.

Es cerca de él donde deberán llegar, si pueden, después de una interminable jornada de competición.

¡Y ese momento parece tan, tan lejos!

—Que no, no está tan lejos —resopla Paullu a su lado como si hubiera penetrado en el espíritu de su hermano—. No está tan lejos para ti, Manco. Basta con desearlo...

Se interrumpe con una risita y le da un puñetazo amistoso en las costillas a Manco.

—¡Pero sí es cierto que tienes las piernas un poco cortas! ¡Bueno..., te esperaré! —se burla.

Manco sonrío. Corre diez veces más rápidamente que Paullu; pero es cierto, harán todo lo posible por hacer la carrera juntos. Son hermanos de la misma luna, y su amistad es indestructible.

Ambos son hijos del inca fallecido, Huayna Capac, y nacieron casi el mismo día; pero su amistad no viene de este nacimiento: el Único Señor tuvo más hijos que estrellas hay en el cielo.

A decir verdad, nunca conocieron al Único Señor, al menos

que ellos lo recuerden. Sus dos madres fueron de esas esposas procedentes de los más altos clanes de Cuzco, a las que él abandonó para irse a vivir a Quito. Cada noche preñaba a sus concubinas del norte como si su simiente fuera polen dispersado por el viento.

Pero sus madres los educaron juntos. Desde siempre, desde que sus ojos ven y sus bocas hablan, Manco y Paullu van juntos como los dedos de una sola mano.

—Vas a ganar, lo sé —dice Paullu con voz firme y segura, presionando sobre el hombro de Manco—. Y yo también voy a ganar, porque no te quitaré la vista de encima. Ahora ven, que es el momento de verter la *chicha* y de hacer las ofrendas.

Los sacerdotes han encendido un fuego a los pies del *huaca* Anahuarque, un ancestro petrificado que, como su original en Cuzco, tiene la fama de haber sabido correr de forma tan rápida como el vuelo de un halcón. Mechones de lana de alpaca, hojas de coca y frutos de maíz se queman lentamente en el fuego. Luego viene el sacrificio de las jóvenes llamas.

Manco apenas mira. Tiene hambre y le duele el vientre. En los rostros chupados, en los ojos ojerosos y febriles del resto de muchachos, adivina el mismo agotamiento, la misma inquietud.

Pero todos aguantan de pie; ninguno quiere demostrar su debilidad.

A través del humo de olor irritante entreven las figuras familiares de sus tíos. La salida de la carrera se acerca, pero, antes de empezar, todavía tendrán que soportar el ritual del látigo. El tío de cada uno de los novicios deberá latigar al futuro iniciado para que aprenda el valor de la ley a la que se somete.

Manco teme ese momento más que a toda la carrera. Y no es por culpa del dolor: anticipadamente, la humillación le hincha el pecho de rabia.

Por suerte, su tío tiene poca fuerza. Cuando, al igual que a todos los otros muchachos, lo latiga en los brazos y las piernas, los filamentos de cuero apenas lo rozan.

Vuelve a levantarse con una sonrisa molesta, una sonrisa de excusa. «No tengo ni quince años —piensa—, pero soy más fuerte que él. Soy el más fuerte de todos.»

Debe creer a su hermano. Ha de tener la misma confianza que Paullu. Hoy va a ganar.

Cuando suena la señal, cuando el sonido de las trompas resuena por todo el valle hasta el fondo de los acantilados antes de volver a elevarse hacia las cumbres, toda la energía de Manco se libera. Se olvida de sus dudas, de su fatiga; se olvida de la enormidad de la prueba y de la fría lluvia para concentrarse solamente en la felicidad de correr.

Recorre la primera pendiente con la facilidad de un puma, potente, feroz y libre. Si no tuviera que guardarse las fuerzas, gritaría de felicidad.

El camino se encarama al principio hacia el norte; después del descenso, demasiado breve, los corredores deben subir inmediatamente a una colina negra, una eminencia de aspecto modesto, pero que esconde un peligroso desprendimiento de piedras, sobre el cual cada paso resulta agotador. Hasta después de este escollo, cuando retomen la dirección oeste, no viene el largo descenso, en suave pendiente, que los va a llevar a los pies del Huanacauri: el *apu*, el Señor-Montaña que los mira y los desafía. Si consiguen llegar a su cumbre y sobreviven a su descenso, un bucle los llevará entonces no muy lejos del altiplano del templo del Sol, antes de finalizar por la agotadora remontada, a lo largo del barranco en el que están las vírgenes, hasta la colina de la que acaban de salir.

Paullu permanece justo detrás de él. Juntos adelantan sin esfuerzo a la mayoría de corredores en los primeros recodos de la pendiente, pero en la terrible cantera, de golpe, el cansancio les hace más pesadas las extremidades. Y la lluvia de pronto cae en ráfagas y los atiza en el rostro con mayor aspereza que los látigos de cuero de sus tíos, momentos antes.

Demasiado rápido; Manco siente que su respiración se acelera y se acorta. Le queman los pulmones y las piernas se le agarrotan. Oye cómo se aleja el aliento ronco de Paullu. Lejos, como un ruido ensordecido por la oscuridad de los valles, los gritos de los primogénitos que los siguen y los empujan se esfuman también. Su cuerpo se convierte en un doloroso enemigo.

Mira hacia atrás y ve a Paullu haciendo muecas, con los ojos exorbitados y la boca abierta de par en par. Le hace señales para que avance, para que no lo espere...

Y luego, a unos pasos de él, aparecen las siluetas de un pu-

ñado de muchachos del clan del norte. Manco adivina en un rayo la mirada despreciativa de Guaypar, el más valeroso de todos y que ya empieza a destacar en la carrera.

Entonces, la rabia le da fuerzas para levantar las piernas más rápidamente, sin preocuparse de las piedras que ceden bajo sus sandalias de cuerda.

Con celeridad, siente cómo gana terreno y recupera el aliento. Pero Guaypar avanza, ágil sobre las piedras, levantando sus sandalias bien altas.

Manco se olvida de las puntas de fuego que le queman los músculos, las brasas que le incendian los pulmones; se olvida de su cuerpo entero y no piensa más que en correr, como si su espíritu se hubiera convertido en una fuerza separada.

Muy pronto llega a la altura de Guaypar por un camino por el que apenas pasan dos personas a la vez.

Está el uno al lado del otro, luchando en velocidad, con los labios tensados en un mismo gemido de esfuerzo. Y entonces, Guaypar cede. Su hombro resbala, su rostro retrocede. Sus manos se aferran al aire que tiene frente a él, cada vez menos alejado...

En el momento en que Manco lo adelanta, a causa del esfuerzo desesperado que realiza por mantenerse a su altura, Guaypar pierde el equilibrio y con el codo golpea a Manco. Durante un segundo, el joven príncipe se siente atrapado por el vacío, antes de incorporarse.

Casi involuntariamente lanza un grito de victoria que retumba sobre las piedras.

Guaypar se esfuerza por seguirle.

Sin mirar atrás, Manco adivina que ahora los otros están muy lejos. Paullu también. A pesar de sus promesas, el sutil Paullu no conseguirá seguirlo; pero Manco confía en él: no piensa tolerar que se quede entre los últimos para que tenga que llevar el humillante calzón negro...

Una vez alcanzada la cumbre, como una piedra en medio de las piedras, Manco inicia la pendiente. Alarga su avance sin cesar, aumentando su velocidad.

Con los ojos fijos en el puerto siguiente, la exaltación de ser tan fuerte en medio de todo lo que está viviendo se apodera de él. Es un hombre entre las piedras, los insectos y las almas. «Soy el viento, soy la lluvia, soy la luz.»

Le parece que desde el cielo, pero también desde detrás de

cada roca, una mirada amiga, cuyos ojos están por todos lados, le sigue; una mirada que ya le es familiar.

Curiosamente, aunque la carrera parece no terminarse nunca, su respiración se calma, pero, de manera inconsciente, afloja la velocidad antes de atajar las primeras pendientes del Huana-cauri. Allí arriba, el sendero se estrecha a lo largo de un acantilado de pico. Ya no es más que un vertiginoso hilo extendido sobre un pliegue de roca.

Manco conoce el poder del vértigo. Sabe que en las pendientes demasiado abruptas le falla el corazón, que puede paralizarse y sentirse incapaz de dar un paso más. Se ha preparado bien, se ha esforzado por superar este momento de terror absoluto que lo hiela.

Por mala suerte, cuando se acerca al precipicio hace lo que no debería. Corre mirando hacia el vacío.

Y es como si ya se viera cayendo entre las piedras. Las piernas le tiemblan. Un escalofrío helado le eriza la nuca, le presiona los riñones. El vacío parece ampliarse a cada paso, extraño, casi sonriente, como si el abismo lo llamara.

Entonces, Manco se arremolina contra la roca. Pega las manos y se aferra a ella.

Allí, a unos pasos —sólo le queda rodear un bloque de roca—, el sendero se aleja por una ancha pendiente de hierba... Pero para alcanzarlo hay que dejar el acantilado unos instantes, enfrentarse al vacío. Aceptarlo.

No puede hacerlo.

El sudor lo empapa. La lluvia se mezcla con sus lágrimas de furia. A su alrededor llegan los ruidos a través de la niebla: los alaridos de los que caen y se hacen daño, los gritos, los ánimos...

Y también oye la burla de Guaypar cuando le adelanta, a toda velocidad, con la boca abierta.

—¡Manco, Manco! ¡Te vas a caer y ni siquiera tendrás el calzón negro para aguantarte! ¡No eres más que un cobarde, hijo de Cuzco!

Guaypar tiene razón. La cobardía lo posee como antes lo hacía su valor. La vergüenza lo protege como antes lo hacía su invencibilidad. Podría quedarse aquí hasta caer la noche, hasta que sus manos cedan. Encontrarán su cuerpo a los pies de la pendiente, desarticulado. Todo le da igual. ¿Dónde está la voz de su ancestro? ¿Dónde está su certeza de que es el más fuerte?

Ya no queda nada de eso; sólo el pánico. Su corazón late a la velocidad de una ala de colibrí.

—¡Manco!

Es la voz familiar de Paullu. No necesita explicaciones para comprender.

—Dame la mano...

Manco le deja hacer. Retrocede, paso a paso, mientras tiemblan todos sus miembros, hasta el rellano en el que le espera su hermano.

—Respira lentamente. Déjame hacer. Voy a ir delante de ti; voy a guiarte.

Paullu pasa delante de él y rodea de un solo paso la roca que lo detenía.

—Ahora ven.

—No puedo.

—Si yo puedo, tú puedes.

«Si yo puedo, tú puedes.» Es la frase que los une desde que eran niños, la que los hace gemelos del alma.

Manco avanza, dedo a dedo, guiado por la voz de su hermano, que le va diciendo palabras que no comprende. Cuando está en el aplomo del vacío siente que renuncia, que se va a caer...

La mano de Paullu lo coge por la muñeca.

—Quédate conmigo, hermano.

Debajo de ellos, a poca distancia de la cumbre, Manco ve que varios corredores los han adelantado. Paullu no le da tiempo para lamentarse por la distancia perdida.

—¡Corre, hermano querido! ¡Corre! Eres el mejor y estoy orgulloso de ti.

—Es mentira; soy el más cobarde...

—Eres valiente y fuerte, Manco, y además tienes un hermano que te quiere y que siempre va a ayudarte... ¡Vamos, gana por los dos!

Su corazón vuelve a latir y se seca la lluvia que le enturbia los ojos.

«Soy el viento...», vuelve a pensar, levantando unos pies más pesados que el granito...

En la remontada del largo barranco va adelantando uno a uno a todos los que, aprovechando su debilidad, le habían aventajado antes. Quiere ignorar el dolor y congelar la vergüenza en un rincón de su alma. Ahora corre con los dientes apretados.

Corre y piensa en el orgullo de ser el primero, el «halcón», y de ver cómo llegan los otros, todos los demás, al límite de sus fuerzas.

Va a ser un placer secreto saborear la derrota de Guaypar, al que acaba de adelantar ahora sin siquiera dedicarle una mirada.

Corre como si ya no tuviera necesidad de respirar. No ve apenas más que el sendero frente a él y, en el fondo, el grupo de vírgenes de apoyo, al otro lado del barranco. El mundo baila alrededor de su carrera; las montañas, las nubes, los matorrales, el valle, bailan al ritmo de su respiración. Está ebrio de la carrera, pero vuela como el viento...

—¡Atención!

El grito lo inmoviliza al mismo tiempo que el silbido de una serpiente. Una larga serpiente gris con una línea amarilla, del tamaño de un brazo, se levanta ante él en el camino.

—Atención —repite la voz, pero más bajo, con una extraña suavidad.

Entonces, la ve; se acerca por detrás de la serpiente, que oscila con la boca rosada abierta de par en par, por la que asoman afilados dientes venenosos.

—¡No te muevas! —le pide la joven muchacha.

Manco, con el aliento entrecortado, descubre sus ojos. ¿Es posible que exista un color como éste?

Son azules, más azules que el cielo del sur. ¿Es una muchacha de verdad?, ¿de carne y hueso?

Pero Manco ya no piensa. La observa mientras ella se arroja con suavidad, sin dejar de mirar a la serpiente con sus extraños ojos. La serpiente se balancea y la cabeza se dobla formando bucles como si fuera a atacar.

Por instinto, Manco se agacha, coge una piedra y la aprieta con el puño.

—Tira esa piedra —le dice la muchacha sin ni siquiera mirar hacia él—. Déjame hacer a mí.

Su voz es serena, segura. Da las órdenes con firmeza, y él no osa desobedecerla. La niña mira la serpiente, se fija en las hendiduras dilatadas del reptil, se agacha suavemente, muy suavemente...

Y la serpiente se enrosca sobre sí misma, doblando los anillos.

Detrás se oye el ruido de la carrera; es Guaypar que llega so-

bre el talud. Pero la serpiente no le presta ninguna atención. Se desdobra de pronto y se desliza por encima de las piedras, como si la hubieran borrado de la faz de la tierra.

La niña de ojos azules se levanta y sonríe. Su extraña mirada ilumina todo el verde y el gris de la montaña.

—¡La vía está libre! —dice alegremente.

Manco adivina que Guaypar se ha detenido y los mira. Se queda dubitativo. Ella lo anima con un gesto.

Entonces, retoma la carrera y corre hasta la explanada de Tumbamba como si ninguna parte de su cuerpo pudiera ya ocasionarle sufrimiento alguno.

Pero cuando acaba la carrera bajo la aclamación de los primogénitos apiñados sobre la colina, mientras se derrumba medio inconsciente, le parece que se hunde todo entero en el azul de los ojos de la desconocida, como si ella lo hubiera llevado hasta allí.

TUMEBAMBA, DICIEMBRE DE 1528

La plaza está rodeada por una cuerda larga, sostenida por horcas de oro y plata. En el centro arde la hoguera, que resiste a la lluvia. Hojas de coca y de maíz se consumen en ella y desprenden un olor dulce y embriagador.

Manco tiene la boca pastosa. En la lengua y en el paladar conserva el gusto agrio y punzante de la *chicha*. Mientras a algunos pasos de él Villa Oma y los sacerdotes alaban la valentía de los guerreros, las imágenes de la carrera pasan una y otra vez por su mente. Todavía siente la fuerza de su musculatura, el vértigo terrible y la embriaguez de la victoria.

Empujado por un torbellino de aire tibio, el humo de la coca envuelve al Hermano-Doble de oro de Huayna Capac. Vela un instante el rostro extraño de la que llaman *Coya Camaquen*, y luego los ojos azules, la boca suave y bien dibujada de Anamaya vuelven a aparecer. En el tiempo que dura un rayo, sus miradas se cruzan.

A su lado, su hermano Paullu ha advertido el intercambio y sonríe.

—¿La encuentras bella? —le pregunta en voz baja.

—No lo sé. Es realmente distinta de las demás. ¿De dónde viene?

—Del bosque, parece ser.

Los sacerdotes se acercan a los novicios. Hundiendo una pluma en una escudilla de sangre de llama, trazan una línea sobre los rostros de los jóvenes muchachos. Luego viene el momento de los juramentos.

A Manco le parece que las palabras de fidelidad al Sol y de obediencia al inca de todos los incas las pronuncia una persona ajena a él. Sólo tiene prisa por una cosa: por escuchar las palabras que lo señalan finalmente como un *auqui*, un verdadero guerrero.

Puesto que es el vencedor de la carrera, es el primero en recibir el calzón blanco. Y luego las sandalias de junco, la túnica roja con la banda blanca, la venda y la diadema de plumas de la que cuelgan los discos de oro y de plata...

La muchedumbre lo mira. Los padres, los clanes, los nobles de Cuzco y de Quito, todos le dedican sus miradas de admiración, aunque también, a veces, de celos.

Manco se incorpora, orgulloso. Acto seguido viene la vuelta del grupo de cabeza, con Paullu y Guaypar. Si su hermano le lanza una mirada cariñosa, Guaypar tiene la mirada brillante de rabia ante la sonrisa un poco socarrona del vencedor. Lejos de agachar la cabeza como los perdedores que reciben ahora el humillante calzón negro, expresa un desafío lleno de orgullo, una amenaza apenas disimulada.

Las horas pasan, las danzas sustituyen a los cantos. Las risas y los gritos de felicitación llenan la explanada. Manco va a inclinarse ante los guerreros más viejos, que lo escrutan con los ojos sonrientes, le posan la mano sobre el hombro...

Pero haga lo que haga, su mirada regresa siempre a la joven Anamaya, la esposa del Hermano-Doble de oro.

Cuando al fin se acaba el ritual, las vírgenes se acercan a los muchachos con las vasijas de *chicha*. Van a ofrecerles bebida a los nuevos guerreros y permanecerán cerca de ellos durante la última noche de la prueba, que los muchachos pasan bajo el cielo y las estrellas. Ebrios de cerveza, van a enfrentarse a la pureza de Quilla, la Madre Luna, y a los espíritus de los ancestros del Otro Mundo, los buenos y los malos.

Con estupor, Manco ve cómo Anamaya se acerca a Guaypar. Se la señala a Paullu.

—¿Es a ese perro a quien apoya? —pregunta, airado.

—¡Lo más probable es que no pueda haber escogido, Manco! Pertenece al clan de Atahualpa.

—¡Los clanes, Paullu, siempre esos malditos clanes! No había clanes cuando el gran Manco Capac fundó nuestra dinastía. Y puedo decirte que antes, cuando estaba corriendo, no pensaba en los clanes de Cuzco.

—El problema no es que tú pienses en ellos, hermano mío; basta con que ellos lo hagan.

Las muchachas que les han sido designadas se acercan con la sonrisa en los labios y la mirada gacha. Son muy jóvenes, pequeñas, bonitas como muñecas, y se muestran llenas de respeto cuando les ofrecen los jarrones. Manco se bebe toda la *chicha* a grandes tragos. El brebaje es fresco, de esa mañana. Su frescor agradable le sacia el paladar, la garganta y todo el fatigado cuerpo.

Las jóvenes vírgenes van al instante a rellenar el jarrón consumido a las enormes vasijas, que un grupo de sirvientes inclinan con la ayuda de unas cuerdas. Anamaya, como las demás, va a rellenar su jarrón bajo el cuello de la enorme *macca*, delicadamente pintada. La cerveza mana a borbotones; su acritud, un poco nauseabunda, llena el aire.

Concluye la última invocación a Inti. Poco a poco, la embriaguez aumenta y la fatiga se vuelve de pronto inmensa. En pocos minutos vence a los jóvenes muchachos. Ya empieza a hacer que doblen las rodillas y que cierren los ojos. Un deseo enorme de tumbarse allí mismo y dormir se apodera de ellos. Manco siente todavía las miradas que le vigilan. Cierra los ojos para respirar mejor y se endereza.

—¿Manco?

Paullu le tira de la manga de la túnica. Cuando vuelve a abrir los párpados, Anamaya aparece frente a él.

—¡Ah, eres tú! —exclama, maldiciendo el vértigo que se apodera de él—. No te he dado las gracias, Anamaya. ¡Quizá hoy hayas evitado mi muerte!

Ella esboza un gesto de negación.

—¡El animal sólo te hubiera impedido ganar la carrera! Cuando apenas empezaba a andar, las serpientes ya se paseaban entre mis pies... Aprendí a hacerme amiga de ellas.

Le muestra el brazalete que lleva en la muñeca, en el que se entrelazan dos serpientes. Él apenas lo advierte. No logra habituarse a sus ojos azules, y admira su silueta, a la vez frágil y fuerte.

—¿La serpiente no es un símbolo de sabiduría?

—Es lo que dicen.

—¿Por qué atraes las miradas, Anamaya?

Ella le sonríe como una niña pequeña.

—No tanto como tú en el día de hoy, noble guerrero.

Anamaya se cruza con la mirada severa de Villa Oma, que la clava en ella. Con una señal imperiosa, le ordena que se aleje.

La muchacha saluda a los dos hermanos con una inclinación.

—Debo reunirme con el muchacho al que respaldo, pero os deseo una feliz noche a los dos. ¡Que Quilla sea dulce con vosotros!

Mientras se aleja, Manco se gira, burlón, hacia Paullu.

—Entonces, ¿qué piensas ahora, hermano? ¿La encontramos bella, o bien fea?

—Distinta a las otras, en todo caso... Pero ya has visto, el sabio la vigila como si fuera un viejo esposo celoso. ¡Y no me parece que apruebe nuestra compañía para su protegida!

Desde que la noche ha caído, Anamaya vuelve a sentir miedo.

En el patio de la *cancha* arde un fuego protector; sin embargo, los ojos de Guaypar tienen un brillo cada vez más enloquecido. Desde que la oscuridad es total no ha parado de beber, ahogando en la *chicha* la humillación que ha recibido.

Sus sorbos son pequeños y las manos le tiemblan tanto que se echa más cerveza sobre el *unku* de la que se bebe. Pero la embriaguez se lo lleva lejos, sin ofrecerle ningún sueño. A su alrededor, el aire apesta. Por momentos, endereza el torso y tiende la mano hacia la Madre Luna, como si pudiera hundir los dedos en ella, y su boca se abre para emitir un grito que no se materializa. Y luego se deja caer, buscando con la mano el vaso de alcohol.

—Está vacío —balucea—. ¡Ve a buscarme más, niña de los ojos azules!

—Estás ya muy bebido, Guaypar —osa decirle Anamaya—. ¿No te convendría descansar un poco?

—¡Corre a buscar la *chicha*! —gesticula Guaypar—. ¡Corre a buscar la *chicha* y no me vuelvas a contradecir!

En el momento en que Anamaya se levanta, él extiende la mano para cogerla por el muslo. Con un giro que le hace flotar la túnica, Anamaya se le escapa; pero Guaypar se ha aferrado con los dedos a un trozo de tela y estira. Con un rodillazo seco, Anamaya hace que la suelte, y el chico se desmorona hacia un lado con una risa burlona.

—Te gusta mi hermano Manco, ¿eh?

—Guaypar...

—¡He visto cómo os mirabais el uno al otro! Pero tú eres só-

lo una muchacha de los bosques. ¡Y él es de Cuzco! Nunca será tuyo...

—¡Por encima de todo soy la esposa del Hermano-Doble de tu padre! ¡No lo olvides!

—¡Lo sé, lo sé! ¡La *Coya Camaquen*! ¡No veas! ¡Villa Oma debe de haber ideado el nombre especialmente para ti!

Guaypar la deja retroceder, con el rostro desdibujado por la rabia.

—¡Manco es un traidor! —susurra como si hablara tanto con el cielo como con Anamaya—. Muy pronto todos sabrán que hizo trampa...

Anamaya se acuerda de las palabras de Inti Palla, llenas de odio contra Manco. ¡Y Manco es el vencedor!

Esta noche, que debería ser una celebración de la fuerza y la alegría, siente cómo las sombras y las amenazas pesan en su corazón. Sí, entre los clanes de Cuzco y de Quito hay oleadas de odio que lo destruyen todo. Pero Guaypar se ha levantado vacilando y la señala con el dedo.

—Hizo trampas con tu ayuda, *Coya*...

—¿Mi ayuda?

—¡Fuiste tú quien lo ayudó a ganar!

—¡No seas bobo! Yo sólo le salvé de una serpiente...

—Inti había puesto una serpiente en su camino, y tú la ahuyentaste. ¿No es eso una traición? ¡Hiciste ganar a ese hermano sarnoso, que ni siquiera es un verdadero hermano de Atahuallpa como yo! ¡Nos traicionaste!

—Yo no quería...

Anamaya se calla. De nada sirve responder. Guaypar está demasiado borracho para atender a razones. Simplemente, hay que esperar que se hunda y se deje llevar por la embriaguez.

Pero, a trompicones, Guaypar consigue ponerse en pie.

—Ven —gruñe—. Ven; sígueme.

—¿Adónde?

Guaypar mira fijamente a Anamaya con una intensidad nueva. En vez de contestarle, se burla, sacudiendo la cabeza.

—¡Es cierto que, a tu manera, eres más bien guapa! Me gustas, muchacha de los bosques. ¡Me gustas incluso más que ninguna otra muchacha, pero eres mala!

Anamaya se muerde los labios y retrocede. Con un gesto brutal, Guaypar le coge el brazo y la arrastra sin mediar palabra. La fuerza a atravesar el patio con rudeza y, como ella se re-

siste al ver que él quiere salir de la *cancha*, con todo lo que le queda de fuerzas le tuerce el brazo a la muchacha y la empuja frente a él, a pesar de sus gritos.

La borrachera ha ganado todas las manos. Nadie les presta atención. Por las puertas de las *canchas* se oyen cantos, gritos, a veces todavía sonidos de flauta o breves repiques de tambor. Las hogueras proyectan sombras alocadas. En los cruces, sobre el suelo mismo, hay hombres que yacen inconscientes, cubiertos por sus propios vómitos. Por todos lados, el hedor de la *chicha* impregna el aire.

De pronto, Guaypar se queda quieto, bamboleándose frente a un muro de fina construcción.

—¡Manco! ¡Paullu! —grita.

Su voz ronca retumba todavía mientras empuja a Anamaya frente a él, cruzando el umbral de la *cancha* de los hermanos.

—¡Guaypar!

Aliviada, Anamaya ve la alta y noble silueta de Manco levantarse frente a la hoguera. No parece ebrio, aunque tiene los ojos enrojecidos y su respiración es profunda.

—Déjala! —gruñe de nuevo Manco, señalando a Anamaya—. ¡Suelta a la *Coya*! ¡No tienes ningún derecho a tratarla así!

Paullu también se ha levantado y avanza a pasos lentos en medio de la penumbra.

—Vuelve a tu casa, Guaypar —le dice con la voz serena—. Debes continuar la prueba...

—¡Hermanos! —se ríe, burlón, Guaypar, lanzando a Anamaya frente a él con tanta violencia que la muchacha tropieza y cae de rodillas—. ¡Aquí tienes a los hermanos a los que tanto quieres! ¡Unos traidores! ¡Siempre van juntos para ocultar mejor su cobardía!

Manco se ha precipitado a ayudar a Anamaya.

—¿No te has puesto el calzón negro, Guaypar? —se mofa Paullu—. ¡Pues te sentaría muy bien, puesto que es tan negro como las tinieblas que hay en tu interior!

Manco, apretando la boca con furia, se ha recogido la capa sobre un hombro y avanza con el puño en alto.

—No, Manco... —protesta Anamaya—. No sabe lo que hace...

Pero es demasiado tarde. Con un rugido, Guaypar hunde la mano derecha en la manga de la túnica. Cuando la vuelve a sacar, la hoja en forma de media luna de un *tumi* brilla a la luz

del fuego. Guaypar corta el aire frente a él con dos movimientos secos y luego apunta con el cuchillo de cuero hacia el rostro de Manco.

—¡Ahora sí que vas a correr, Manco! ¡Y de prisa!, tan de prisa como yo te diga.

Paullu corre al lado de Anamaya, la coge por los hombros y la hace retroceder; mientras, Manco da dos pasos a un lado, ágil como un lince del desierto.

—¡Mirad! —rechina Manco con la voz clara—. ¡Mirad quién habla de cobardía! Coge el *tumi* para luchar con quien lleva las manos vacías.

—¡Traidor! ¡Chusma de Cuzco! ¡Sois todos unos traidores allí abajo! Os creéis los más nobles y luego hacéis trampas...

Un fragor brota de la sombra que los rodea. Ahora hay gente a su alrededor, servidores y también tíos, hermanas, tías... Y nadie dice ni palabra. El que está borracho puede decir locuras impulsadas por la embriaguez; pero Manco es el ofendido, y le toca a él responder.

—¡Es la hora, Guaypar! Espero este momento desde hace mucho tiempo. ¡Ven! ¡Ven a clavarme tu cuchillo en la garganta...! ¡Ven si eres capaz!

Los dos muchachos giran ahora alrededor de la hoguera. Parece que Guaypar ha perdido un poco su embriaguez, pero cuando quiere saltar por encima de las brasas, Manco lo esquiva con facilidad. Con un movimiento suave, se inclina hacia un lado. Sus manos saltan al mismo tiempo: con una, agarra el brazo de Guaypar y lo bloquea contra su hombro, mientras que, con la otra, aferra la mano que sujeta el *tumi*. Llevado por la rabia, se escurre y gira sobre sus talones. Con el brazo derecho dibuja un gran círculo por encima del fuego y la hoja del cuchillo se desliza sobre la mejilla de Guaypar, que retrocede, soltando un grito de dolor. La sangre mana generosamente de la herida. Guaypar se toca la cara con los dedos y se mira la roja palma de la mano con incredulidad.

—¡Regresa a tu casa, Guaypar! —vuelve a decirle Paullu—. ¡Todavía estás a tiempo!

—No, hermano —dice Manco—. ¡Ya no hay tiempo!

Pero como si la visión de la sangre le hubiera hecho reaccionar, Guaypar lanza el cuchillo lejos y salta sobre Manco, agarrándolo por la cintura. Juntos ruedan hasta el lado de la hoguera, cuyas brasas se esparcen en medio de una explosión de

chispas. Anamaya grita, y Paullu debe retenerla para que no se precipite a separar a los muchachos.

—¡Deja, déjalos! ¡Esto ha de concluirse!

Manco y Guaypar luchan encima del polvo, enlazados tan estrechamente que la sangre de uno mancha al otro. Sus jadeos están punteados por gritos de dolor cada vez que hay un golpe o que los dedos consiguen retorcer o desgarrar, y entonces, Anamaya ve a Guaypar rodar hacia un lado, mientras su *tumi* se desgarran con un gran crujido. De pronto, Manco se levanta y salta sobre él. Caen con las rodillas sobre el vientre del oponente y con los dedos le aferra el cuello ya bañado en sangre.

—¿Eres tú el que ha jurado tener la valentía de un guerrero? —le pregunta Manco con una voz apenas perceptible—. ¿respetar el honor?

Guaypar no responde. Con la boca abierta de par en par, su respiración anhelosa busca el aire. Entonces, Manco eleva la voz.

—¿Juraste, sí o no, por nuestro Padre el Sol y por nuestra Madre la Luna, por nuestros ancestros y por las almas de todos los únicos señores?

Anamaya siente que Manco ya no controla su cólera. Le retira la mano a Paullu y se acerca a ellos.

—Manco, te lo ruego, déjalo...

Pero Manco no la escucha.

—¿Eres tú quien ha insultado a la virgen que vela aquí por mi padre?

Sus manos dejan el cuello de Guaypar, apreta los puños y golpea el rostro del hermano odiado con la rabia de un guerrero. Los gemidos que brotan de la garganta de Guaypar no le detienen más que los gritos de Anamaya. A su alrededor, el círculo de parientes se ha estrechado, pero nadie interviene. Anamaya va a coger el brazo de Manco cuando ve, en los ojos negros del joven inca, danzar las llamas del fuego. Y es como si todo el odio dirigido hacia Guaypar se consumiera en ellas...

—¡Basta ya!

La orden cruje en la noche. Anamaya levanta la mirada al mismo tiempo que Manco deja el puño suspendido. Delante del fuego, un hombre vestido de sacerdote tiende la mano.

—¡Basta, Manco! No lo mates —ordena de nuevo.

Anamaya reconoce a uno de los tíos de Manco, que la observa brevemente con una mirada llena de desafío.

—La lección ya está dada —añade—, y nadie la olvidará. No se insulta impunemente a los clanes de Cuzco.

Manco se separa de Guaypar y se incorpora lentamente. Anamaya cruza la mirada con Paullu, que se ha quedado en silencio, inmóvil durante todo el combate. Tiene los ojos llenos de tristeza mientras contempla a su hermano recobrar el aliento.

Escupiéndole sangre, resoplando, Guaypar rueda sobre sí mismo para conseguir apenas ponerse de rodillas. Logra incorporarse y busca la ayuda de Anamaya, que no le tiende la mano. Con un último esfuerzo se levanta; con las manos se aprieta el vientre, y reúne las fuerzas suficientes para gritar.

—Estás maldito, Manco. ¡Arderás antes de llegar al Otro Mundo! ¡Tu alma no será nunca libre!

Manco se seca la sangre que le mancha los dedos.

—Es el maldito quien habla de maldecir —replica.

Mientras Guaypar abandona la *cancha* a trompicones, Anamaya duda. Por un breve instante su mirada se ha aferrado a la de Manco.

—Debo seguirle —dice finalmente—. Debo velar por él esta noche, incluso si se equivoca contigo.

Manco le echa una mirada a Paullu antes de responder.

—Lo sé muy bien, hermana de ojos azules... —dice con la voz extrañamente vibrante de dulzura después de tanta violencia.

—Cuidate, Manco, y no temas a las serpientes.

—¡Por desgracia, no siempre estarás tú junto a los caminos para hablarles y alejarlas de mí!

Entre el humo que oscurece la noche, la silueta de Anamaya empieza a desaparecer.

TUMEBAMBA, DICIEMBRE DE 1528

—Anamaya, despierta.

Siente los párpados pesados. Querría quedarse acostada en la estera. Tira de la manta que la arropa. Villa Oma la mira con dureza.

Ha entrado en su habitación sin hacer el más mínimo ruido, calzado con unas sandalias de paja y deslizándose en silencio sobre el suelo de piedra. Como tan a menudo, con su silueta alta y su boca de comisuras ligeramente verdes, su aparición repentina parece cargada de amenazas.

—¡Levántate, de prisa!

—¿Qué ocurre?

—No discutas. ¡Levántate y sígueme!

Anamaya intenta recuperar sus fuerzas. Hace sólo dos días que finalizó la iniciación de los muchachos. Hace dos noches que Manco y Guaypar se pelearon y se insultaron. ¡Sólo dos días de paz, y ya vuelve a anunciarse un nuevo drama!

Se levanta y echa una mirada de lamento a su lecho tibio y protector. El día apenas entra a través de la cortina que se abre al patio.

—¿Qué he hecho mal?

—No sé lo que habrás hecho, pero tu presencia en Tumbamba quizá no sea una cosa positiva.

—Yo no quise que ocurriera la pelea entre Guaypar y Manco...

—¿Quién te habla de esas chiquilladas?

El tono de Villa Oma despierta a Anamaya del todo y la hace estremecerse.

En un nicho que hay junto a la ventana está el disco de oro de Quilla, la Madre Luna. Brilla suavemente en la penumbra, como si llorara. Los dedos secos de Villa Oma se crisan sobre el cortinaje y su voz sorda retumba como el trueno.

—El cuerpo seco del Único Señor ya no está en el templo.

Anamaya abre la boca, pero no puede respirar, como si un puño le hubiera golpeado en el estómago.

—¿Qué has dicho? —susurra con un hilo de voz apenas audible.

—Ya me has oído. La momia de Huayna Capac ha desaparecido.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible?

Villa Oma levanta los ojos en un gesto de impotencia. En la sombra parece todavía más alto y delgado. La cólera y la angustia surcan arrugas profundas en su rostro.

—Al salir el sol me he reunido con los sacerdotes en la sala del templo de Inti —explica—. El nicho estaba vacío. La momia ya no está en su pedestal.

—Pero quién... ¿Quién ha osado hacerlo?

—¿Quién? ¿Cómo?... Hay una sola cosa cierta: ¡es a ti, muchacha, a la que van a acusar de este crimen!

—¿A mí? ¡A mí! ¿Por qué? ¡No puedes acusarme de tamaña fechoría, Villa Oma, ya lo sabes!

—¡Yo no te acuso de nada, Anamaya! —dice el sabio con un suspiro de fatiga—. ¡Otros, por desgracia, celebrarán hacerlo! Eres la *Coya Camaquen*. ¿No es tu deber proteger a la momia con la ayuda del Hermano-Doble? ¿No es eso lo que te ordenó Huayna Capac la noche de su muerte? ¿Que lo acompañaras en este mundo mientras él se iba al otro?

Las lágrimas nublan la vista de Anamaya. Pero la injusticia es tan brutal que se las seca, decidida, con el reverso del puño. Ya no es la muchachita aterrada que llevaban a ver al inca de todos los incas. La cólera vibra en su voz.

—¿Y por qué habría hecho yo una cosa así?

Con un gesto, Villa Oma rechaza la pregunta.

—¿Qué más dan los motivos! Eres la protegida de Atahuallpa. Se inventarán una mentira a la medida de sus necesidades.

—No comprendo...

—¿De veras? ¿Todavía no has comprendido que los de Cuzco nos odian y que cualquier cosa les basta para apartarnos...?

Villa Oma se interrumpe. En el patio suenan unos gritos. De-

formado, gritado a viva voz, el nombre de Anamaya vibra en el aire como un insulto.

—Bien, parece que no han perdido el tiempo —dice serenamente Villa Oma—. Prepárate, hija mía. Es a ellos a los que deberás convencer de tu inocencia.

—¡Es ella!

—¡Es ella la que ha hecho desaparecer a nuestro Único Señor Huayna Capac!

—¡Sacrilegio, sacrilegio! ¡El Mundo perecerá! ¡Inti se vengará de nosotros!

—¡Esa muchacha de ojos azules es maléfica! ¡Inti quiere que se convierta en cenizas! ¡Quilla quiere que sea arrojada al río!

El patio del palacio de Huayna Capac es inmenso. Sin embargo, ahora está tan repleto que los que van llegando los últimos, nerviosos, gesticulando, permanecen frente a la puerta coronada con el escudo de una serpiente doble. Son todos nobles de Cuzco, pertenecientes al clan de Huascar. Unos van armados y vociferan, mientras sacuden sus mazas letales de piedras negras finamente pulidas. Otros agitan lanzas. Algunos hacen girar las boleadoras o las hachas de obsidiana...

En el centro del patio, los principales jefes de linaje han formado un círculo. Discuten, murmuran y se miran entre ellos: aunque las palabras sean todavía contenidas, las miradas no engañan. Todas están clavadas en Anamaya, escoltada por Atahuallpa y Villa Oma, que permanecen impassibles y silenciosos.

—¡Los signos han sido nefastos desde que llegó a nosotros esta muchacha! —grita un viejo—. ¡Es el sacrilegio!

—¡La proteges para fastidiarnos, Atahuallpa! —clama un guerrero ricamente ataviado, que apunta a Anamaya con su lanza de plumas de seis colores.

Un gruñido de aprobación surge a su alrededor. El hombre lleva en la frente una diadema de general, y el *unku* está tejido con vicuña y decorado con todos los cuadrados y triángulos de los más altos clanes. Sonríe con la boca arqueada por la arrogancia.

—¡Hemos descubierto tu maniobra! ¡Quieres impedir que la momia de Huayna Capac llegue al Templo Único de Cuzco! ¡Temes que se coloque junto a los ancestros del Origen del Mun-

do, puesto que entonces Huascar, nuestro Único Señor, poseerá la potencia de su padre para reinar! Es por esto por lo que le has pedido a esta muchacha que haga desaparecer la momia...

—¡Quemémosle los pies y nos dirá dónde la ha escondido!

Lejos, en un recoveco del patio, Anamaya adivina el perfil aguileño de Manco y el noble rostro de Paullu. Tienen las miradas gachas y, sin duda, se sienten incómodos. Ellos también pertenecen al clan de Huascar. Por mucho que la quisieran ayudar, no pueden hacer nada...

En el otro extremo, en el lugar donde se reúnen los seguidores de Atahuallpa y los de Quito, descubre a Guaypar. Tiene el rostro marcado; la mejilla izquierda está cubierta por un emplasto de hierbas recubiertas por una fina tela. Pero sus labios tumefactos tienen la tensión de una sonrisa crispada.

De pronto, por encima de los gritos, la potente voz de Atahuallpa rompe como la cuerda de un arco.

—¿Os quedan todavía muchas más palabras inútiles por pronunciar?

No deja asomar ni rastro de la cólera que le hace vibrar las puntas de los dedos. Los gritos se detienen de golpe. Con el brazo tendido y la mano plana, la palma hacia el suelo, señala a todos los de Cuzco.

—Ninguno de vosotros cree realmente que la *Coya Camaquen*, a la que mi padre designó para acompañar al Hermano-Doble, pueda ser la autora de este robo sacrilego. Ninguno puede creer que yo me opongo a la voluntad de Inti y al regreso de mi padre a Cuzco.

Girándose hacia su derecha, Atahuallpa señala a un viejo con la frente ceñida por el disco de oro de los grandes poderosos.

—Colla Topac estaba presente, junto a los otros grandes poderosos, cuando el Único Señor designó a la *Coya Camaquen* antes de partir hacia el Otro Mundo. Mi padre le encargó a él que hiciera respetar sus voluntades de acuerdo con la costumbre antes de que mi hermano Huascar se ciñera la cinta. Es él quien debe llevar a mi padre a Cuzco, él quien le hará entrar en el templo de Coricancha.

—Es cierto —exclama el viejo—. Soy el legatario y ninguno de nosotros, doy fe de ello, tiene un deseo más ferviente que el de ver a nuestro Único Señor regresar a su ciudad amada. Y no creo en absoluto que la *Coya Camaquen* pueda haber sido

responsable del acto que le imputáis: el Hijo del Sol en persona depositó su confianza en ella.

—Aquellos de entre vosotros que gritan más fuerte harían bien siendo más comedidos... ¿Quién sabe si no son ellos mismos unos blasfemos?

Un breve silencio parece helar el aire de la cancha.

—¿Nos estás acusando? —dice luego una voz aguda—. ¿Nos estás amenazando, Atahuallpa? ¡A nosotros, al clan de tu hermano Huascar! ¡El hijo más amado de tu padre! ¿Cómo te atreves?

Esta vez, la cólera de Atahuallpa explota.

—¡No me atrevo más que vosotros, que insultáis y escupís sobre aquella que mi padre eligió!

Sin que pueda aguantarse más, Anamaya avanza hasta el centro del círculo. Entonces, levanta la mano abierta.

—¡No os peleéis por mí! —exclama con una voz fuerte. Todas las miradas se posan sobre ella—. Llevadme al templo, cerca de mi esposo, el Hermano-Doble. Él me dirá dónde está la momia.

Villa Oma y Atahuallpa muestran la misma estupefacción en la mirada.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —murmura el sabio de labios verdosos.

Anamaya asiente con un gesto de cabeza. En realidad, las palabras que acaba de pronunciar la han sorprendido a ella tanto como al sabio. No es su voluntad la que las ha formado en su boca. Han salido de sus labios ellas solas, llenas de seguridad. Ahora su corazón se encoge y el sudor de la angustia le empapa las palmas de las manos. Sin embargo, el murmullo que corre entre la muchedumbre contiene tanta sorpresa como respeto. Allí abajo, Manco y Paullu han vuelto a levantar la cabeza y la miran con los ojos brillantes. Guaypar, en cambio, ya no sonríe. De nuevo, un grito vuelve a romper el silencio.

—¡Atahuallpa! ¡Si esta niña no encuentra el cuerpo seco de nuestro Único Señor Huayna Capac, tiraremos sus entrañas a la basura!

Un gruñido de aprobación se levanta entre la gente.

Bajo la mirada preocupada de Atahuallpa, la mano de Villa Oma se vuelve a cerrar con firmeza alrededor del delgado brazo de Anamaya. Ella siente el orgullo que vibra en su voz cuan-

do el sabio se dirige a la muchedumbre.

—¡Amenazad! ¡Amenazad! —grita—. ¡Pero ya lo veis: ella no os teme!

El camino entre el palacio y el templo no es muy largo. Hace un calor asfixiante; Anamaya siente cómo pesa en su nuca y le hace más lenta la respiración. Toda la ciudad está impregnada de un humor malsano. Hay grupos de hombres que se agolpan en las callejuelas, con la cólera y el miedo plasmados en los rostros. Algunos mascullan insultos cuando la muchacha pasa por su lado. Algunas mujeres aparecen en el umbral de las *canchas* y la siguen con la mirada, gesticulando.

Ella se mantiene derecha, con los ojos fijos en la capa que flota de los altos hombros de Atahuallpa. Le reconforta sentir a su lado, avanzando al mismo paso rápido, a Villa Oma y a los soldados de la escolta.

Entran en el templo desierto, en la sala de los nueve nichos, sin más techumbre que la infinidad del cielo que la domina.

Anamaya percibe el murmullo vivo del agua que recorre las canalizaciones y mana de las fuentes. Sobre los muros de piedras espléndidamente unidas, el sol inclinado dibuja sutiles sombras, y animales y dioses. Los nichos se alinean a lo largo del muro, rematados por un friso de oro alicatado con rombos, trapecios y formas ovaladas como huevos de pájaro.

En el nicho central está el Hermano-Doble de oro, pero a su lado, el pedestal en el que yacía la momia a la escucha de los Mundos de Abajo y de Arriba está vacío. Anamaya apenas osa mirarlo.

Villa Oma, a su vez, gira a su alrededor como si pudiera ver rastros.

—¡Estoy seguro de que son la gente de tu hermano Huascar los que han cometido esta fechoría estúpida! —le dice a Atahuallpa finalmente.

—Es probable; pero han perdido la razón. Jamás habíamos visto un insulto semejante contra nuestro padre.

—Es signo de que Huascar y los suyos están roídos por el miedo.

—¿El miedo? ¿Y por qué? ¡Saben que mi respeto hacia las palabras de mi padre es absoluto! Saben que no me quiero poner el *llautu* sagrado en la frente. No quiero ser el Único Señor.

¡Tú lo sabes bien, Villa Oma! Todos lo saben: los signos están contra mí...

—No todos... ¡Estás demasiado concentrado en convencerte a ti mismo de ello! Y Huascar lo percibe; es como un animal: percibe más que razona. Pero, a su manera, ve más lejos que tú: teme a las fuerzas que te rodean. La teme a ella... —Villa Oma señala a Anamaya y añade—: Temen que no se acuerde de las palabras que dijo el Único Señor la noche de su muerte. ¡Temen que el Hermano-Doble no le dicte la verdadera voluntad de tu padre!

Durante un instante, Atahuallpa contempla el rostro de oro, sereno pero impenetrable, del Hermano-Doble. Esboza un gesto como si fuera a tocarlo, pero luego se refrena y se vuelve hacia Anamaya.

—¿Y tú, pequeña, piensas también como el sabio que no sé oír la voluntad de mi padre? —pregunta.

—¡Creo que no sabes quién eres, poderoso señor!

Tan pronto como estas palabras han brotado de su garganta, Anamaya ahoga un grito y se tapa la boca con las dos manos.

—¡Perdón! Pido perdón... ¡Estas palabras han salido de mi boca sin que yo las pensara!

—Escúchala —susurra Villa Oma—. ¡Escúchala, Atahuallpa! ¡Habla con la voluntad de Huayna Capac; lo percibo!

Los ojos un poco enrojecidos de Atahuallpa van del sabio a la niña. Pero la mirada de Anamaya es atraída por el nicho del Hermano-Doble. En su rostro esculpido, un rayo de sol ha venido a posarse con la precisión de una punta de lanza...

—Encuentra la momia, Anamaya —murmura Atahuallpa—. ¡Encuétrala!

En el instante en que se gira, el sol se desliza por su casco y por los discos de sus orejas. Anamaya siente cómo los reflejos de oro penetran en ella y vienen a vibrar hasta su pecho, como si formaran allí otras palabras, palabras todavía desconocidas e imposibles de pronunciar.

TUMEBAMBA, FEBRERO DE 1529

Anamaya y Villa Oma avanzan por la explanada frente al templo. Sobre la colina de Tumbamba, frente a ellos, los muros de las *canchas* que envuelven el palacio, los patios, las casas más ordinarias, se extienden formando cuadrados regulares.

El sabio calla. Anamaya sabe que ella no puede preguntarle. Al otro lado del valle distingue la cumbre de color azul oscuro del Huanacauri. El camino pavimentado por el cual caminan forma una recta perfecta desde la cima de la montaña y el templo.

El calor se hace cada vez más intenso. Anamaya siente cómo el sudor le empapa las sienes y la nuca, y le resbala por la espalda bajo la túnica ceremonial, demasiado gruesa.

Sin aflojar el paso, el sabio mete la mano en su *chuspa*, la bolsita de tela que le acompaña siempre. Saca de ella un pellizco de hojas de coca y un frasco de polvo blanco, como una cal fina como el talco.

—Toma —le dice simplemente, tendiéndole la coca.

Luego se echa en la palma de la mano un poco de la cal. Anamaya enrolla las hojas verdes y gruesas para formar una especie de cilindro y empieza a masticarlas suavemente. El sabor agri dulce impregna su saliva.

Poco a poco, la ciudad desaparece detrás de ellos y pronto el camino, cuidadosamente pavimentado, se convierte en un sendero de tierra, bordeado por dos muros de empedrado grueso pero regular. La muchacha camina sin esfuerzo, sin cansarse. Una especie de serenidad eufórica se apodera de ella. Inclínandose hacia la otra vertiente de la colina, una suave pendiente

lleva hasta un altiplano. Allí aparece la masa pálida de una enorme roca de formas tortuosas y agrietadas, que, como si estuvieran bajo el efecto del caos, se hunden todas de golpe y rebrotan del suelo. Anamaya no necesita que el sabio se lo diga: es una *huaca*, una piedra ancestral, una de los millares de piedras sagradas que limitan el Imperio de las Cuatro Direcciones según los ejes que sólo conocen los grandes sacerdotes.

Allí, las almas de los ancestros y de los dioses respiran y acogen las plegarias de los hombres y las mujeres que viven en el mundo visible.

Villa Oma se detiene frente al muro que marca la entrada. Con piedras trabajadas con tanta delicadeza que a veces casan con la roca como si fueran una segunda piel, dibuja el zigzag resplandeciente de Illapa, el Señor del Rayo y del Trueno.

De su *chuspa* hinchada, Villa Oma saca nuevas hojas de coca. Esta vez las coloca con cuidado en un nicho de la pared, al pie de una pequeña estatuilla de oro. Luego, sacando de su alforja un frasquito de *chicha*, vierte algunas gotas en el nicho y después esparce un poco por el suelo. Más tarde se incorpora, con el torso bien recto y la cabeza inclinada a un lado, y ofrece las palmas de sus manos al cielo.

Después de un instante de recogimiento se vuelve hacia Anamaya, le tiende la *chicha* y le hace un gesto para que beba. Ella le obedece y da dos largos tragos, que le quemán extrañamente la garganta.

—Ahora vamos a esperar —dice el sabio.

Anamaya se sienta sobre una piedra plana, caliente, con las piernas dobladas bajo su propio peso. El sol le acaricia la piel y le habla. Un entumecimiento extraño le hace sentir los párpados pesados y le serena la respiración. Los ojos se le cierran. Todo el cuerpo le pesa; cada parte en particular: los brazos, las piernas, el torso, la cabeza... Y luego, de pronto, se siente reaccionar toda entera, pero con un peso tan grande que la arrastra al fondo de la tierra en un descenso tan vertiginoso que le resulta imposible resistirse...

Entonces, quizá se queda dormida.

Cuando vuelve a reaccionar, el día ya casi ha caído. Ve unas cuantas luces que ya se iluminan sobre las laderas de las montañas que rodean el altiplano.

—¡Villa Oma!

Grita en vano. El efecto de la coca y de la *chicha* se ha es-

fumado. No le ha dejado más que una horrible fatiga y unas oleadas de miedos que la envuelven con la oscuridad creciente.

—¡Villa Oma!

Su voz retumba lejos. Las paredes montañosas se la devuelven.

Anamaya se levanta. Tiene los muslos agarrotados y las rodillas doloridas. Palpándolo con las puntas de los dedos para orientarse va siguiendo el muro de Illapa. En un extremo empieza un camino estrecho, invadido de espinos; parece que rodea la *huaca*.

La muchacha camina con prudencia, esforzándose por no resbalar con sus sandalias de paja. En su muñeca, el brazalet de las dos serpientes desprende destellos de oro bajo la luz de la luna.

De golpe tropieza con un matorral de arbustos de gruesos pinchos que cierra el camino mejor que una puerta. El miedo se apodera de ella y, respirando rápida y roncamente, retrocede. Pero va demasiado de prisa. Resbala, lanza las manos hacia adelante a oscuras... Y allá donde ella creía que encontraría la dureza de la roca, sus brazos enteros se meten en una falla. Todo su cuerpo se balancea, la cabeza en primer lugar, y se araña los muslos con una punta de piedra.

Cuando recupera el equilibrio, incapaz de respirar y petrificada por el silencio de la oscuridad, comprende que la roca se ha abierto para acogerla.

Aquí hace más frío y la noche es más oscura que la noche.

Está temblando. Las manos le tiemblan contra su voluntad; los hombros le tiemblan, su corazón tiembla. Pero ella sabe, sin ni siquiera comprender por qué lo sabe, que a partir de ahora le será imposible dar marcha atrás.

Vuelve a levantarse. Paso a paso, tropezando de espaldas con las paredes, va avanzando.

El camino baja muy suavemente. De manera inexorable, la muchacha se hunde en la tierra; cada vez, más lejos y más profundamente. Tiene la boca seca y siente en el pecho el dolor de los latidos de su corazón. Toda una parte de su ser desea chillar, gritar que no quiere abandonar el Mundo de Arriba.

Y entonces, el espacio que la rodea se vuelve inmenso. La oscuridad se convierte en suavidad aérea. Separa los brazos y no toca ninguna roca. Avanza por la noche y no tropieza con nada. ¡Ni a la derecha, ni a la izquierda! Y en ese momento, a pe-

sar de que no hay ningún ruido, ninguna luz, una certeza traspasa su cuerpo; es más acre, más violenta que la *chicha*: no está sola.

—Villa Oma —susurra al borde de las lágrimas.

Frente a ella, en la oscuridad, dos ojos amarillos brillan.

«¡El puma!»

Es lo que Villa Oma quería desde el primer día: dar su corazón al puma para que lo devore, dar su carne al Mundo de Abajo, limpiar el universo de la impureza de sus ojos azules, de sus orígenes misteriosos.

Los ojos amarillos se mueven hacia la izquierda, como si quisieran observarla mejor.

Y de pronto, la voz de Huayna Capac, la voz que ella hace días que espera, la que le vale todos esos gritos y todos esos odios, retumba en su cabeza. Es una voz clara; ya no es la voz fatigada del viejo que hablaba en medio de la noche y que le decía que estaría con ella. ¡Pero es tan reconocible!

«¡Niña Anamaya! Niña pura de ojos de lago, ¿cómo has podido pensar que no mantendría mi promesa? Vamos, niña Anamaya, ven, acércate a mí. No tengas miedo...»

Anamaya avanza hacia los ojos amarillos del puma. Su temor se calma, sí, a pesar de que está convencida de que el puma va a devorarla. Sin embargo, se siente feliz de haberse reencontrado con el Único Señor antes de abandonar ella misma el mundo.

«Han querido robarme —le dice la voz con una gran dulzura—, pero yo quiero quedarme contigo hasta la hora en que me sienten en mi sillón de eternidad, en Cuzco, cerca de mi Padre el Sol. Quisieron robarme, pero ahora he regresado al sitio en el que nunca he dejado de estar...»

«Niña Anamaya, no desconfíes de mí. Quédate junto a mi aliento y confía en el puma.»

El eco de su voz está en su cabeza, sobre la piedra.

Anamaya abre los brazos y se ofrece a la boca abierta del puma. Pero los ojos amarillos han desaparecido. A su alrededor ya no hay más que oscuridad infinita.

¡No!

No: de una falla en la roca, por encima de su cabeza, surge la luz intensa de la Madre Luna.

Riéndose, Anamaya se lleva las manos a las mejillas, se araña las sienes.

¡Está viva!

Cuando la muchacha sale sin aliento cerca del muro de Illapa, Villa Oma está esperándola, formando una silueta blanca en la noche. Ella se queda quieta ante él, con una sonrisa en los labios.

—Te ha hablado, ¿no es cierto?

Anamaya asiente con la cabeza sin percatarse de lo mucho que brillan sus ojos en la noche.

—¿Y sabes dónde está?

—Ven.

Ahora le toca a ella guiar al sabio. Medio corriendo, vuelven a partir en dirección a la ciudad, siguiendo los muros, metiéndose por las callejuelas y deslizándose ante las puertas de las *canchas* dormidas.

Cuando se acercan al templo, dos jóvenes sacerdotes de rasgos todavía adolescentes se precipitan a su encuentro. Tienen los cabellos despeinados y parecen ser presa de una gran agitación.

—¡Sabio Villa Oma! ¡Sabio Villa Oma!

El sabio les exige calma con un gesto seco.

—¡Sabio Villa Oma! ¡La momia ha regresado!

—Lo sé —dice el sabio, lanzándole una mirada a Anamaya.

En la sala de los nueve nichos, el cuerpo seco del Único Señor está sentado en su pedestal. Quilla ilumina su máscara de oro y la manta muy fina de vicuña y de pelo de murciélago que lo tapa. Está allí, como si nunca hubiera sido secuestrado. Su rostro de metal reluciente está encarando a la estatua del Hermano-Doble. Villa Oma juraría que en él se dibuja una especie de sonrisa, y el viejo sabio astuto y sólido se estremece.

—Me ha jurado —susurra Anamaya— que nunca se había alejado de mí...

Villa Oma levanta los brazos en una intensa y silenciosa plegaria. Luego, su mirada agotada se posa con ternura sobre Anamaya.

—Vamos a tener que cuidarte, muchachita. El Único Señor Huayna Capac viene a visitarte a su antojo. Viajas entre los muertos, vas hasta el Mundo de Abajo y regresas de él... ¡Tu vida se ha convertido en algo demasiado precioso para todos nosotros!

En la voz orgullosa del sabio, Anamaya percibe un estremecimiento de temor.

—¿Ya no quieres entregarme al puma?

—Sí. Ahora más que nunca, puesto que ahora sé que el puma te protege.

Durante un instante, Anamaya se acuerda de los ojos amarillos del puma en la sombra y de la sensación de abandono que la había embargado; más fuerte que el miedo, más fuerte que la muerte.

En ella retumban hasta el infinito las palabras del Único Señor, su amo: «Quédate junto a mi aliento y confía en el puma.»

Segunda parte